Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII | San José, Costa Rica | **1931** | Sábado 14 de Febrero | Núm. 6

Año XII. No. 526

SUMARIO

Azorín en sus Nuevas Obras

Pueblo

= De *El Sol*. Madrid =



Azorín — Dibujo de *Vázquez Díaz*

Ha dejado escapar Azorín en la portada de su *Pueblo* una palabra retenida cuidadosamente en sus Nuevas Obras: la palabra novela. *Pueblo* es la «novela de los que trabajan y sufren», y todo su sentido está en el epígrafe, fragmento de diálogo o diálogo entero, en que el obrero exclama: «¡Si supieras lo cansado que estoy!», y el escritor contesta: «¿Es que crees tú que yo estoy en un lecho de rosas?»

Como el héroe americano ante los conquistadores, su poderío de sufrimiento no se amengua porque no lo exprese en apóstrofes ni los declare en párrafos amplificadores. El escritor va anotando una por una sus sensaciones al contacto con el pueblo «que trabaja y sufre»: con el pueblo, en una palabra que lo compendia todo. Su curiosidad humanitaria se hace pasión, y si no le vemos desgarrado por una hoja de acero o agujereado el pecho por una bala al intentar la defensa de ese pueblo, lo sentimos, en la pura contemplación, punzado por mil agujas que lo ponen en carne viva al imaginar la existencia de todos esos seres anónimos que en indistinta multitud son protagonistas de su novela.

No hay héroe que se destaque ni heroína que cante sus arias. Todo aquí es coro. El pueblo lo ve Azorín como una masa diversa en su composición, una en su totalidad hecha de todas las diversidades.

Vedlo meditar ante una mesa, ante el umbral de una entrada; pero aquella mesa, en su forma, le dará la sensación de lo más abstracto, de lo más lejano; se hará geometría hasta sellarse en el espacio con las cuatro estrellas de una constelación; y aquel umbral le traerá el pensamiento de los infinitos pies que han desgastado sus losas al tantear el paso al recinto.

Lo presente y simultáneo se conjugan en cada capítulo con lo lejano y sucesivo. Si las famosas tres unidades fueran exigibles en toda composición literaria, ninguna más independiente de ellas que este nuevo libro, si es que en él no está todo reducido a unidad, de tal suerte que espacio, lugar y tiempo son una misma cosa, en unidad íntima, perfecta e inquebrantable.

Para llegar a esta sensación, Azorín no ha hecho más que refinar con mayor agudeza todavía su visión de lo individual y menudo. Usar el pincel en pequeños toques, como los puntillistas. Y dar intensidad mayor a un procedimiento ya iniciado en otros libros, sin la profusión deliberada de ahora. Al hablar de *Superrealismo*, escribía yo en este mismo lugar: «El verbo se excluye a menudo del período o asume forma de infinitivo, huyendo de la expresión personal.» Con mayor razón podría decirlo ahora y trascribir una página o un capítulo al azar, en prueba de ello; pero ya lo hará por

Virtudes Hispanas

En el Centenario de Bolívar

= *Envío del autor.* =

Examinada bajo las luces de la experiencia, tras la guerra europea, España ha revivido y brillado, y aparece como una nación que otros pueblos más prácticos y astutos desacreditaron. Pero en vano. Lo cierto es que ha conservado una energía y una vitalidad sorprendentes.

Los americanos conmemoramos hoy el centenario de la muerte del gran Bolívar, genuino representante de excelsas virtudes hispanas.

Bolívar conquistó la libertad para fundar y unir pueblos bajo una autoridad más moderna. Se adelantó a Lincoln, transido de igual sueño de unión y moralidad, voces sinónimas. En la hacienda de Santa Marta, poco antes de morir, escribió: «No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia.» Se entiende, la Gran Colombia.

(Pasa a la página 90)

sí el que leyere. Y cortarse del verbo, de la acción, el [illegible]minio del sus[illegible]tantivo, con toda[illegible]ciaciones que el nombre suscita; asociaciones naturales de ideas afines o evocaciones elípticas tan caprichosas, al parecer, como las transiciones del sueño.

Y en el fondo de todo, sintiendo encima de sí el peso de todo, como lo declara el epílogo, la primera persona gramatical, el yo del escritor, que se expresa por un procedimiento enumerativo, como si para apoderarse de un objeto, para hacerse dueña de una figura, de un alma, conjurara a las potencias invisibles repitiendo el nombre en un rapto lírico desprovisto de afectación; como si en vez de levantarse sobre las cosas, se agazapara detrás de ellas en cada accidente, en cada particularidad distintiva.

Pueblo es el libro de un elegíaco. Hasta su lección, tan sabia y tan firme en lo referente a la acción, es de un elegíaco. Azorín nos da en estas páginas, tan luminosas como siempre lo son las suyas, y ahora, además, leves, etéreas, acaso su máxima capacidad de poeta. El libro deja un recuerdo de poema, y se diría impreso en renglones amplios, de todo el ancho de la caja, por un artificio contrario al que hace a otros escritores fragmentar en renglones desiguales la prosa.

El autor de *Los Pueblos* y el autor de *Pueblo* se dan la mano a través de los días. Aquélla era España en su vida más íntima; ésta es también España, pero no ya en lo particular y característico de una región, ni siquiera de un tiempo. Sale aquí a la superficie para brillar un momento, con brillo de gota de sudor o de lágrima, lo más hondo todavía, lo eternamente humano, igual en todas partes.

E. Díez-Canedo

Páginas escogidas de Azorín

= De *Pueblo*. Novela de los que trabajan y sufren. BIBLIOTECA NUEVA. Madrid =

Cayado.—Cayado de pastor; pastor de las montañas alicantinas; bellas montañas desnudas; con un tapiz de olorosas hierbas. Montañas que parecen luminosas. La flor azul del romero; la flor morada del cantueso; la flor amarilla de la retama. Una casa en una ladera; casa de paredes asimétricas; paredes de yeso; techo de tejas curvas negruzcas. Casa frágil, seca en el seco y transparente aire. Casa que no puede ser citada ni reproducida en los libros de arquitectura campestre; no tiene nada de particular; tiene la belleza de las mujeres que son bellas de veras; belleza que no se ve al pronto; pero que poco a poco se va viendo y nos subyuga fuertemente. Cayado de pastor; con su cuento férreo toca las cosas de la montaña; las montañas de Alicante; Aitana, Mongó, Mariola, Peña del Cid, Sierra de Salinas. Aitana, en el fondo, allá lejos, frente al mar. El mar y el peñón de Ifach allí cerca; el peñón de color de carmín y violeta. Transparente en los crepúsculos. Peñón en el mar y cumbre de Aitana en el cielo. Cayado del pastor: regatón que toca las cosas de la montaña. Cosas que toca. Piedra blanca. Roca acerada. Guijarritos de un torrente. Lajas planas y anchas. Tierra. Tierras blancas. Tierras rojizas. Tierras amarillas. Tierras ocres. Romero. Retama. Tomillo. Cambroneras. Almendro silvestre; almendro que parece fugitivo de los liños de almendros que bordean los blancos ribazos; almendro que ha perdido ya su sentido de ciudadanía en las fragosidades de la montaña. Acebuche u olivo silvestre; olivo compañero del almendro selvático. Plumas de perdiz; plumas enzarzadas en las matas. Pelos de conejo. pelos que han dejado entre el tomillo, entre el romero, los conejos al pasar. Cascarones de huevo de perdiz. Agua de regato. Agua de un calderón; los calderones u hoyos redondos en la peña; hoyos en que el agua de lluvia, pura, transparente, se conserva durante muchos días; agua que aplaca la sed del pastor, de los cazadores. Un vellón de lana. Nieve, cuando nieva. Granizo, cuando graniza. Escarcha, en las sendas. Rocío, en las plantas. Nido vacío. Trampa de zorra. Cama de liebre. Vivar de conejos. Superficie redonda, brillante, alargada, que se escurre rápidamente, casi antes que la toque el regatón del cayado; que se escurre entre los cambrones. Tronco de pino. Lomo de un perro; blandamente, acariciándolo. Tela urbicular de epeira. Agujero sedoso, guateado, de las arañas llamadas tenizas mineras. Un caracol blanco. Un caracol negro. Una bolsa de orugas procesionarias, en un pino. Un cartucho usado de escopeta. La ceniza y los tizones de una hoguera. Las paredillas de un puesto de perdices. Un avispero. Un panal de abejas silvestres; abejas que, como el almendro y el olivo selváticos, han reivindicado su libertad en la montaña. El cayado que toca con su cuento ferrado todas estas cosas. El cayado en el aire puro y fino de la montaña.

Capacha. — Las viejecitas de la capacha están en todas partes; no se sabe de dónde salen; no se sabe dónde viven; no se sabe cómo viven. Con su capacha siempre; la capacha de palma; colgada al brazo. El traje negro, de un negro desteñido; traje de color de ala de mosca. Encorvadas; andando despacio; como si no quisieran hacer ruido; como si estuvieran velando a un enfermo. En todas partes; en las ventanas; en las callejuelas; en las iglesias; en los pasillos de las casas pobres; en las tiendas pobres. Como si fueran a comprar alguna cosa. Las cosas que compran estas viejecitas. Las cosas que ponen en sus capachas. Impresión de que no compran nada ni ponen nada en sus capachas de palma. Capachas nunca llenas; siempre planas, escurridas. Debe de haber viejecitas de la capacha por los tejados, con los gatos, en las noches de luna. La idea de un gato inseparable de las viejecitas de la capacha; si algo llevan en su capacha es para un gato; un gato fiel y leal—hasta donde pueden serlo los independientes gatos,—que ha acompañado a la viejecita durante largo tiempo de su vida y que ahora es el único testigo de la pasada grandeza. Las viejecitas de la capacha, las que vemos en los bancos de las iglesias, han sido ricas alguna vez; han gozado de un pasable bienestar; han llevado un traje nuevo y de moda. Pero hace tiempo que no tienen nada; no tienen más que su inseparable capacha; no se apartan jamás de su capacha de palma. Los bancos de las iglesias, de las iglesias populares—como San Cayetano, en Madrid—son el lugar en que están más tiempo las viejecitas. El gato espera en casa. Pero ¿dónde está la casa de la viejecita? Toda su casa es esta capacha inseparable de sus personas. Allá en la lejanía de lo pretérito, un hogar tranquilo, apacible; un sueldo o una rentita holgados; las manos que bordan; la sonrisa que responde a otra sonrisa de dicha tranquila. El niño que comienza a andar. Después han pasado los años; el tiempo ha ido haciendo su terrible labor. Como un círculo de soledad y de muerte que se va agrandando; la viejecita está en medio del círculo fatal y se va quedando sola. Ya no conoce a nadie; mejor dicho, ya no la conoce nadie: los pocos que la conocen no quieren conocerla. Los días tristes y monótonos; los días con la capacha colgada del brazo. Ha habido talvez un tesoro de ternura y de delicados sentimientos en esta anciana; todavía ella podría querer a un niño como nadie sabe querer; todavía podría derrochar tesoros de fidelidad, de lealtad, de cuidados solícitos, en una

casa. Pero, ¿quién va a usar este tesoro de la viejecita? ¿Quién conocerá lo que todavía hay en este corazón? Este tesoro que va a extinguirse en la soledad y el abandono pasa inadvertido para todos. La viejecita va con su capacha de palma por las calles; su vestido negro está desteñido. Si hay algún lugar en que pueda reposar, es el banco de una iglesia de los barrios populares. Las horas pasan en la iglesia; se escucha un tintineo de llaves, y allá va otra vez por las calles la viejecita con su capacha de palma; la capacha es como un símbolo del abandono y la inexorabilidad del destino.

Refranes.—El sol da en las aguas; se ve el fondo; se ven las piedras del fondo. De pronto, un cabrilleo que dura un segundo; pasa ondulando un pez. Lámina de plata en el lecho penumbroso. En las conversaciones de gente popular, el refrán que aparece repentinamente y que condensa la filosofía de todo lo que se venía charlando. Lugares de conversación: el horno, la solana, el lavadero, el tajo de los cavadores. Los cavadores que se detienen un rato a echar un cigarro; el librito de papel en una mano; el tabaco puesto en el fondo de la otra. La operación de soplar las hojas del librito para que se separe una. El refrán: «Mucho te quiero perrito; pero pan, poquito.» Poco pan a lo largo de la vida; palabras, en abundancia. Los hornos van desapareciendo; los hace desaparecer la industria panadera; ya no se hace el pan en las casas; ya no van los tableros en la cabeza de las mujeres, por las calles. Desaparición del foro popular; el foro femenino; reducto perdido por los refranes. Millares de refranes: en gruesos tomos archivados. Muchos de estos refranes esperan años y años antes de que unos labios los pronuncien. Los labios de una anciana, de un viejo, el viejo más viejo del pueblo; talvez de una moza, que ya sabe refranes, es decir, todo lo que hay que saber. Una vecina se ha hecho un traje verde; es su tez morena. En refrán que dice una viejecita, en tono irónico: «Quien a lo verde se atreve, hermosura tiene». Y años habrán de pasar hasta que se presente otra ocasión de un traje verde, y haya una viejecita que sepa el refrán y tenga malicia para decirlo. Otros refranes más afortunados, corren y triscan continuamente por las charlas. En las cocinas, junto al fuego; en las noches de invierno. «Poca lana, y ésa en zarzas». Refrán que en todo momento está siendo utilizado. Pocos bienes da el mundo; el mundo que estos labriegos y menestrales conocen. Pocos, y ésos acibarados. Poca lana, sí; y ésa hay que desenredarla del zarzal de los pesares. El fuego que crepita y las viejas que hilan y cuentan sus recuerdos. En las páginas de los gruesos tomos donde están archivados los refranes, se espera con ansiedad esta hora del día. ¿Qué refrán, de todos estos millares, será llamado a la vida, por un momento, en esta hora de las charlas a par del fuego? Lotería de los refranes; las hojas vibran esperando la llamada. De repente, entre los millares de refranes, uno que se destaca y brilla; brilla como el pez que acaba de pasar bajo el agua, iluminado por el rayo de sol.

Tejido y red.—Un inmenso telar; un telar tan grande como el planeta. Hilillos sutiles; hilillos brillantes; hilillos de oro. El inmenso telar en que va a tejerse, con estos hilos de oro, la ilusión del pueblo. Los hilos están dispuestos siempre para ser tejidos; para cruzarse y entrecruzarse. En todo momento la ilusión de las muchedumbres que comienza a tejer la dorada tela; ilusión en una idea, ilusión en un hombre; ilusión en un partido; ilusión en un régimen. Comienza el telar a funcionar; se van tejiendo los áureos hilos de la ilusión; principia la tela a formarse. La ilusión ha formado un espléndido tejido; todo brilla; todo reluce con el más brillante fulgor. De pronto esta tela maravillosa se deshace; trabajo perdido. La ilusión en una idea, en un hombre, en un partido, ha terminado; la tela no ha podido ser sacada del telar; la tela brillante es otra vez un sinfín de hilos de oro dispuestos para ser de nuevo tejidos. Y comienza otra vez el cruce y recruce de los áureos hilillos; la lanzadera va y viene, incansable, afanosa. Afanosa e incansable como la esperanza. Ya hay en el telar un tejido de urdimbre espesa; ahora sí que va a ser terminada felizmente la tarea. El tejido—el tejido de la ilusión del pueblo—está ya casi formado en el telar. Ya está cuajada la ilusión en la idea, la ilusión en el hombre, la ilusión en el partido; la ilusión en el régimen. La tela brillante va a ser por fin, esta vez, una esplendente realidad. Y de pronto, otra vez, se deshace el magnífico tejido de la ilusión.

En tanto, por debajo de estos hilillos de la ilusión del pueblo, de las muchedumbres que trabajan y sufren; por debajo de esta brillante urdimbre, una recia red de acero; nudos que son Bancos, sociedades industriales, empresas, consorcios, monopolios. Una red que cubre y aprisiona fuertemente el planeta. A par del movimiento del telar, este otro movimiento secreto de la fuerte red de acero. Los nudos, que son las instituciones bancarias y financieras que se aprietan de pronto; la urdimbre de las finanzas nacionales e internacionales, que ciñe todo el planeta y lo tiene encerrado en la irrompible red. Cada estremecimiento de esta fuerte malla, una carestía de las primeras materias necesarias para la vida. Cada estremecimiento, una alteración del valor de la moneda. Cada estremecimiento, una guerra. Las fábricas de armamentos y de explosivos que funcionan día y noche; el abastecimiento de los ejércitos, que hace correr ríos de oro. El oro de los hilillos de la ilusión del pueblo, y el oro de los armamentos y de las fábricas que funcionan durante la guerra. El tejido de oro que no llega a la realidad, siempre tejido y destejido; y la formidable red de las finanzas nacionales e internacionales que oprime el planeta y produce de cuando en cuando tremendas sacudidas. Sacudidas que son las guerras, las hambres, las emigraciones, la ruina de miles y miles de hogares.

Azorín

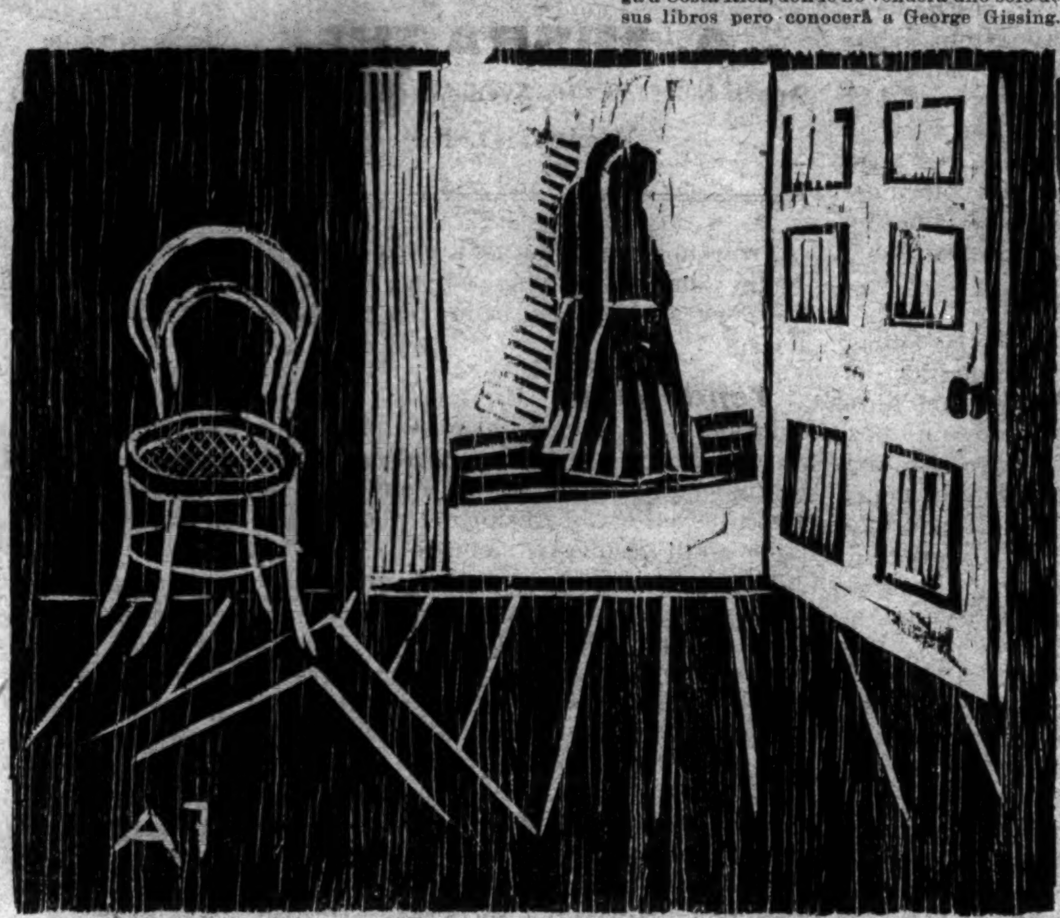
Hágase de la obra completa: *Pueblo*. A ₡ 3.50 el ejemplar. Con el Administrador del *Rep. Am.*

Persiflage

Un gran escritor inglés en Costa Rica

=Colaboración directa=

Para *Waldo Frank*, con el deseo de que venga a Costa Rica, donde no venderá uno solo de sus libros pero conocerá a George Gissing.



Madera de *Amighetti*

Gissing. — «*As a matter of fact*»,—dice Pablo Elmer More—, «el novelista murió en Francia, en San Juan de Luz, en 1903, cuando apenas contaba cuarenta y seis años de edad.» En castellano quién sabe cómo se dirá *as a matter of fact*. El concepto como que no existe entre nosotros, que no tenemos manera de expresarlo. *En realidad* significa otra cosa. Los de habla inglesa pueden moverse mentalmente en una dimensión para nosotros desconocida, la dimensión *fact*. Para ellos hay cosas que son *verdad* y cosas que son *fact*. *Fact* y verdad son bien distintos. *In fact* es *de hecho;* pero *as a matter of fact* tiene una significación muy diferente; se refiere a algo que puede *materialmente* comprobarse, comprobación, pues, que depende de cosa efímera, cambiable, indigna de absoluta fe, como todo lo material. Lo que dice el míster Pablo Elmer More es susceptible hasta de esta interpretación: «El novelista se murió de mentira, en Francia». Y esta es la verdad.

George Gissing vive aún. En Costa Rica. Su casita domina un amable vallecillo de eterna primavera por el que retuerce su corriente musical el río Virilla. Antes de retirarse a su amable «hogar postrero», como él lo llama, vivió años en Heredia. Habíamos hecho trato de que él me enseñaría inglés a cambio de mis lecciones de español. El hombre aprendía sin maestro; y acabó por enseñarme el poco griego que sé. He aquí por qué hay en Costa Rica quien lea su Platón en el original.

De la vida de Gissing se ha escrito mucho en las revistas europeas y americanas, creyéndolo muerto. Sus dificultades comenzaron cuando era escolar. Interesóle el corazón una muchacha de la calle en quien vió un alma bella que rescatar del cieno. Sus relaciones personales con ella jamás, por esa primera época, pasaron del platonismo más juvenil. Él le daba dinero para que no tuviese que ir a obtenerlo a cambio de caricias. Pero lo poco que podía Gissing sacar de su bolsillo propio no bastaba para arrebatarle las adoradas carnes a Mammón, y entonces el enamorado creyó excelente idea poner a sus compañeros a contribuir en la hermosa obra, ¡pero sin que se dieran cuenta! Esto es, les robaba, y en Inglaterra, como es fácil imaginarlo por lo tiesos y fríos que son los ingleses que conocemos en Costa Rica, eso es crimen espantoso e imperdonable. Gissing pasó varios meses en la cárcel. Al recobrar la libertad, caballerescamente casó con su putilla, y se estableció en Londres a dedicarse a la literatura. Sus primeros libros, esas ediciones que ahora se venden por centenares y aún millares de dólares el ejemplar, no se vendieron. La señora de Gissing se dió al trago y a malas prácticas. Gissing se apartó de ella, pero nunca dejó de ayudarla con dinero, ni cuando atravesaba él por las más dolorosas circunstancias económicas. Cuando enviudó se volvió a casar. La segunda señora de Gissing era hija de la dueña de una *boarding-house* londinense de ínfima categoría. Esta clase de chicas tienen para los escritores una fascinación que bien valdría la pena estudiar a fondo. Recuerdo el caso de Ernesto Dowson. Volvió a enviudar, después de no haber hecho vida feliz en su segunda aventura matrimonial, y, pecador empedernido, contrajo nuevas nupcias, con una hija de Francia, para huir de quien fingió haber muerto, se vió enterrar, y vino a Costa Rica francamente cansado de la virtud doméstica. Aquí vive en tranquilas relaciones ilegales con una galleguilla que no tiene un solo diente en las quijadas.

César y Jenofonte.—Antes de saber qué gran escritor era Gissing, y qué famoso, como le viera inclinaciones literarias le había enseñado mis ensayos de novelista. Dulcemente me reconvino por la mucha palabrería que gastaba. «¿Has estudiado a los clásicos?» me preguntó. Así comenzó mi verdadera educación literaria, mi verdadero aprendizaje. Maestro costarricense había despertado en mí la afición a las letras hermosas. Gissing me instruyó en la formación de mi estilo. En los clásicos busqué ejemplo de concisión. Lleno de entusiasmo esperé la visita del viejillo inglés y le hice el elogio de los *Comentarios* de Julio César.

«La concisión de César,» me dijo, «le viene de fortaleza y de orgullo. No, *my boy*, deja estar a César. Empápate más bien de Jenofonte. Su *Anabasis* es obra divina. La concisión jenofontina viene de la viveza de su imaginación. Un arte perfecto brilla a través de su dominio del idioma, y le basta una línea para conmover profundamente las emociones. Por ejemplo, en el cuarto libro de esa obra, ocurre un pasaje delicioso, de incomparable narración, cuando cuenta cómo los griegos recompensaron y despacharon al guía que los había conducido salvos por zona peligrosa. El hombre estaba en peligro él mismo, cargado de presentes valiosos que los soldados le habían dado agradecidos. *Al anochecer se despidió de mí*, dice Jenofonte, *y se fué de noche a su camino.* Ves el paisaje salvaje del Oriente, sobre el que se ha puesto el sol. Allí están, salvos por el momento, los helenos, y entre ellos el individuo bárbaro servicial, despidiéndose para volverse solo, con sus nuevas posesiones capaces de despertar codicia de salvajes.

«En ese mismo cuarto libro, otro pasaje me conmueve de manera distinta. En las montañas de la Carduchia fueron capturados dos hombres a quienes se les preguntó qué camino era el de seguir. *Uno de ellos*, dice Jenofonte, *no quiso decir nada, y a pesar de toda amenaza guardó silencio; así fué que, en presencia de su compañero, se le dió muerte. Acto seguido ese otro nos hizo saber los motivos del hombre para no indicarnos la ruta: en la dirección que los griegos debían tomar vivía una hija suya, que era casada.*

«No sería fácil expresar más *pathos* que el que esas pocas palabras contienen. Jenofonte mismo, estemos seguros de ello, no lo sintió exactamente como lo sentimos nosotros, pero guardó el incidente por lo que en sí valía, y en esas dos o tres líneas suyas brilla algo del amor humano y del espíritu de sacrificio, cosas que son de eterno valor.»

«*Dear* George,» le he dicho, «¡y si publicara que usted vive!»

«Nadie te creería», me ha contestado. «El mundo sólo mentiras cree. Sólo mentiras.»

Persiles

Heredia, enero, 1931.

Cartas Hiperbóreas

El crepúsculo de las dictaduras

(Véase la entrega anterior)

2

En Caracas, en Venezuela, han quedado excluídas del lenguaje corriente las palabras «barba» y «rapada»... Posiblemente «remojo», también.

Oír una de estas cosas un gendarme, o, lo que es peor, uno de los espías que pululan por entre las cerdas de la policía y arrestar al indiciado es cosa automática, fatal, oficial. La prensa no publica nada de lo que viene ocurriendo en otras repúblicas, y si lo publica es aderezándolo en forma que no moleste el sueño patriarcal del amo.

No pasa de ser una sutileza palaciega eso de aplicarle al General Gómez lo de «cuando veas la barba de tu vecino rapada echa la tuya en remojo».

Ahora bien, esta clase de persecuciones sutiles aporta una gran extensión de derivados cómicos: si «rapada» es cosa que se usa poco en el vulgo de mi país donde suelen decir «raspada», y remojo es muy extenso, y de mayor tolerancia para las orejas policiacas, «barba», la inofensiva y peluda barba está desterrada del lenguaje criollo, y cuando dos granujas se encuentran a distancia ambos se tocan el mentón como si se alisasen una imaginaria y prohibida barba, y el gendarme les advierte entre paternal y amenazador:

—Vamos a dejarse de tirarle al gobierno.

A estos extremos de ridículo descienden en sus postrimerías regímenes cuya fisonomía tétrica váse tornando mascarón de enano o espantapájaros...

El miedo tiene en Venezuela una organización mucho más adecuada, si bien menos simple que en otros países. El miedo al patíbulo de los infractores legales en los medianamente constituídos, el miedo a las prisiones bajo severa sentencia, el miedo a la multa, etc. Todos son miedos razonables y puede que hasta saludables.

El miedo en Venezuela es—como sin duda lo será en países similares aunque escasos—cosa complicada y compleja. El pueblo le teme al gobierno, el gobierno al pueblo, Pérez le tiene miedo al gobierno y el gobierno a Pérez, y aquél y éste a Gómez y al pueblo, y Gómez le tiene miedo al pueblo, al gobierno y a Pérez y Pérez, el pueblo y el gobierno le tienen pavor a Gómez que a su vez le tiene miedo al miedo que le tienen a él. Pérez, el Gobierno y el pueblo.

Con este rompecabezas Venezuela va viviendo su ignominia dorada por de fuera, tétrica y feroz dentro.

Sin embargo, es aquella una situación que de prolongarse batiría el más escandaloso *record* internacional en materia de palo y paciencia.

Gómez ha tenido la rara fortuna de coger un país en una época de transición, cuando los antiguos elementos, gastados o desacreditados, no aportaban entusiasmo alguno, o cuando menos parecían ofrecer la menor probabilidad posible de mejora. Además, se les había visto — quizás excesivamente mal visto — hasta el día antes asistiendo al alumbramiento del nuevo régimen. La juventud de entonces, que hoy dobla el cabo de los cuarenta años, salida del aplastamiento momentáneo de Castro, se arrojó, resuelta, en los brazos del que llegaba y queriendo innovar metió el pie en la misma huella fangosa que estampó el pasado cercano. Por «rehabilitar» la república contribuyó a desacreditar a los hombres y a las cosas de ayer, y sólo rehabilitó el sistema mohoso, chirriante que ya enmohecía en los días mismos de Crespo y aun de Castro. ¿Qué ocurrió luego?

La gran guerra se echó encima del mundo y todo manejo tuvo las manos libres y una opinión ahogada en el humo de los grandes obuses era bien poca cosa para que nada ni nadie se ocupase de una pequeña nacionalidad, despotizada y enigmática en un litoral del Caribe.

Luego vinieron las componendas de la paz; la crisis económica hizo presa en el mundo, y el pequeño país—exteriormente *solvente*, bien financiado, bien propagandeado,—se consideró como un refugio ordenado y seguro, un predio apacible, donde podrían hacerse inversiones y de donde aun antes de estallar el conflicto universal comenzaba a fluir el aceite, tanto más importante en aquellos días cuanto que la administración Wilson, y posteriormente los escándalos senatoriales del *Tea-pot dome* hacían a la California suculente algo más dura de succionar.

Mientras tanto, otra generación, la que hoy tiene de 25 a 30 años se desarrollaba en el interior, bajo su múltiple «control» de padres de familia que «no se metían en política» y de profesores que sí se metían. La opinión, la celebridad, la consagración, el prestigio, los honores todos intelectuales, cívicos, industriales se manufacturaban a base del favor oficial, o mejor, del favor muy incidental y muy personal de un hombre «fuerte y bueno» que apuñaleaba a la libertad cada mañana y medía cada tarde un metro de macadám en algún sendero, o fundaba un conuco, o cortaba el cupón de una acción cualquiera.

La noción materialista criolla envileció y contagió a unos cuantos—acaso los más—y esa segunda serie de hombres jóvenes o languideció, o se rebeló y fué destripada, o se vendió y la pagaron.

Quedaba aún detrás la niñez de antes de la guerra que es la adolescencia del centenario de Carabobo y la juventud actual... Apeló al mitin público, comenzando por la protesta civil y derivando hacia las formas violentas del motín, de la asonada y del golpe de cuartel. Nada! El guantelete de hierro de un ejército inconsciente bajo jefes absurdos lo dominó todo; y sobre los despojos dispersos de la estudiantada, las alpargatas de Maracay en una danza frenética y montaraz pulverizó cuanto de relieve y resistencia había.

Fuera, la voluntad más templada y los esfuerzos de mayor cordura; abnegaciones, renunciaciones ¡todo! se estrella, se disuelve, se corrompe y se convierte en cosa de escarnio casi infantil—siempre infame—entre una patulea de advenedizos o de olvidadizos que tienen las manos todavía tibias de los favores recibidos.

Y así, no es de extrañar que al «caso» de Venezuela como nepotismo suceda un orden de cosas provocado en el seno mismo de su propia razón de ser: esto es, una mañana, un jefe de guarnición, un procónsul lejano con recursos efectivos se rebele de hecho y cree el derecho de venir a suceder en el solio del mando único al caduco dictador desaparecido.

Dicen muchos que sólo la muerte de Gómez ocasionaría esto. Conocen poco a sus compatriotas quienes así piensan. Lo único que ha contenido en Venezuela el cuartelazo es la idea de que no contaría luego con el favor casi unánime, o por lo menos suficientemente fuerte, de la opinión y que los hombres «del exterior» aprovecharían el esfuerzo interno.

Pero a esta fecha y a esta hora, sacrificado lo último y lo único que restaba por sacrificar, acallados en su propia impotencia los charlatanes heroicos y clarificadas las leyendas grotescas, no pudiendo responder a las ametralladoras de Gómez sino a descargos de adjetivos, y de epítetos y de citas de Bolívar y de Sucre, los que dentro del país tienen un mando, una batería, un puñado de soldados dóciles, disciplinados, eficientes, deben ir pensando en que sonó para ellos la hora de reclamar la herencia del «jefe único», con la absoluta convicción y la seguridad que deben tener de que—salvo excepciones contadísimas—todos estos «patriotas» enemigos «acérrimos» de Gómez, como lo eran de la restauración de Castro, pero que figuraron en ambas, y los neopatricios de última hora no ven ya el momento de irse para allá a vivir otra etapa un poco más provechosa y menos verbal de la que han pasado dando graznidos en los ramajes lejanos y esperando que otros degüellen al toro padre para venir a devorar tripas tibias.

Quien ha visto a 1908 no se sorprenderá de 1931.

De ahí que la palabra «barba» tenga actualmente en Caracas un significado terrible.

José Rafael Pocaterra

La glosa de la injusta justicia

= Envío del autor. =

Tres anónimos parvulillos y mínimos, un Tranquilino, un Gervasio y un Pascual, fueron una vez condenados a muerte.

Los príncipes de los sacerdotes, los jefes de las principales familias y los doctores de la ley, todos los máximos del Sanhedrin, estuvieron de plácemes.

Pero había Uno que está con la cabeza inclinada, sentado y con el dedo escribiendo en tierra. Este Uno no estaba de plácemes. Él había dicho: «Quien de vosotros esté sin pecado, que le arroje la primera piedra.»

Esos tres humildes anónimos fueron condenados a muerte porque habían asesinado con asesinato atroz, alevoso, de mano que mata estando ella salva, al excelentísimo señor don Francisco de Paula Téllez Ponce, Marqués de Melgarejo y Sabadell. Sin embargo, los hombres injustos no habían querido fijarse en una cosa, pequeñita sí, pero muy sencilla y muy profunda: Nuestros tres humildes anónimos, el Tranquilino, el Gervasio y el Pascual, habían sido antes, fijaos bien, antes, asesinados, ellos también, y con asesinato atroz, alevoso, de mano que mata estando ella salva. Nadie les hizo cariño. Nadie les trató bien. Nadie les dio sombra. Nadie los cristianizó. Todo fué para ellos, pie y pie pesado de animales paquidermos. Los hombres injustos, cada vez que les hablaron, lo hicieron en indicativo, como quien golpea y en imperativo, como quien acuchilla, ¡perros habríais dicho! porque eso no se llama hablar, sino ladrar; hablar es en subjuntivo y en optativo, una madre, un hermano y un amigo, hablan.

Además y esto es horrible, nuestros tres humildes anónimos Tranquilino. Gervasio y Pascual fueron condenados a muerte, precisamente porque eran parvulillos y mínimos. Jamás, en ningún tiempo y en ningún lugar, son condenados a muerte los máximos del Sanhedrin.

Quién más asesino que un tirano?, Calles o Gomez, por ejemplo, hombres pésimos que vienen a ser cada uno de ellos como siete perros juntos y mejor diría siete perras, porque una perra, ya se sabe, es más feroz que siete perros juntos, siete por siete cuarenta y nueve, hombres *meta, polu, uper*, asesinos. Sin embargo, ¿quién se habría atrevido a condenarlos a muerte, siendo como eran, en realidad de verdad, el Sanhedrin mismo? Y aun siendo así como eran y son, si se les condenase a muerte, habría Uno que no estaría de plácemes. Aquel Uno único, que está sentado, inclinada la cabeza y con el dedo escribiendo en tierra. Calles y Gomez, ¡pobres! antes de asesinar a muchos han sido asesinados ellos también. Nadie hubo o pudo haber en todo Venezuela, o en todo Méjico, que llevase a Gomez o a Calles de la mano, hacia donde está aquel Uno sentado y con el dedo escribiendo en tierra: Aquel uno que puede, con sus manos agujereadas, sacarnos, ¿comprendéis ahora el significado trancendental y profundo del verbo sacar?, sacarnos de esta vida feroz que es el círculo dantesco de los jabalíes innumerables.

Cuando esos tres humildes mínimos, Tranquilino, Gervasio y Pascual fueron condenados a muerte, repasé sin quererlo, en mi memoria los crímenes de todos los máximos del Sanhedrin.

Tres fueron una vez condenados a muerte: este es el hecho; poned como glosa la palabra de San Agustín: «La justicia de los hombres es la justicia de los injustos.»

La glosa es una palabra segunda al margen de una palabra primera. La palabra primera es de aquel Uno que está sentado, inclinada la cabeza y con el dedo escribiendo en tierra: «El mundo todo entero está puesto en lo malo—*Kosmos olos en too poneero keitai*—.»

Oh Señor Jesucristo, con Santa Teresa, te dice mi alma, esta palabra segunda:

Sácame d'aquesta muerte,
Señor, y dame la vida,
no me tengas impedida,
en este lazo tan fuerte.

En Brujas de Flandes, a los seis días del mes de Setiembre de mil novecientos treinta.

La glosa de los hombres

(Al ilustrísimo Dr. Escolástico Lara, hombre de verdad, que... me quedo pensando, pensando: ¡que así fueran todos, como ese Rodolfo Argüello, como este Escolástico Lara!)— Que así fueran todos!

En modo subjuntivo, los griegos dicen optativo, y levantamos los ojos y juntamos las manos y nos sumergimos en el silencio nostalgioso.

La vida es indicativa. Que hubiera hombres! Sí, que hubiera, pero no hay.

Van pasando, pasando, y con el llamado dedo índice, a mis hermanos escondidos, les digo silenciosamente: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez hasta veinte y más allá de veinte, hasta cien y más.

—Cuántos han pasado, hermano mío que tienes ojos de niño y de poeta?

—Más de quinientos.

—Y no había entre ellos, como por casualidad, algún hombre siquiera.?

—No, hermano mío.

—Qué son pues todos estos que han pasado con figura de hombre?

Y mi hermanito escondido, ciudadano de Brujas en Flandes, abriendo sus dos ojos de niño y de poeta, me respondió diciendo: Títeres y nada más. Los hombres de verdad son como aquél Rodolfo Argüello y como este Escolástico Lara.

Alégrese pues el titerero. Estamos en su hora y él tiene la palabra.

Brujas de Flandes, Agosto 26 de 1930.

A. H. Pallais

En el Centenario de Bolívar...

(Viene de la página primera)

Estoy cierto de que en lo íntimo de los homenajes que tributamos a Bolívar reverenciamos las virtudes que nos legó España. Yo que fuí, en cierto modo, un emigrante al revés, voy a cumplir esta misión, recordando a los escritores hispanos que supe apreciar en Madrid y que mucho me impresionaron por el decoro y austeridad de su vida, base de la honradez y firmeza de sus obras.

España es la nación que produjo príncipes y santos en literatura. No pretendo hacer una revisión histórica. Me remito al momento. Saludemos con amplia reverencia a los artífices actuales que conservan a las letras hispanas en lugares de acceso difícil, defendidos contra la turba de merodeadores y espontáneos. Descubrámonos: Ramón de Basterra, Gabriel Miró, Juan Ramón Jiménez. Goy de Silva, Cansinos Assens, Eugenio d'Ors. Pocos escritores de otras tierras podrán imaginar con qué fervor, con qué desprendimiento, con qué probidad ejercen su oficio. Si algunos literatos hispanos de gran talento permanecen ignorados para el público europeo, ello debe achacarse a la condición de provincianismo que afectó a la nación empobrecida por desastres militares, y colocada, por voluntad propia, fuera de la sinfonía política europea. Este fenómeno fué señalado por Baroja en una de sus obras. Así la escritora norteamericana Anita Loos, a causa del predominio de las modalidades anglosajonas, consigue con una sola obra mediocre lo que un español no logrará con veinte geniales. Escuchemos lo que dice Goy de Silva en el prólogo de una comedia: «Tampoco aspiro a ser el autor de muchas obras... ¡qué horror ser el galeote de la literatura! ¿Por qué ese afán de atestar las librerías? ¡Cuándo el ideal sería un libro único y perdurable!»

Así trabajan los escritores de España, con honradez y desprendimiento. Unos se desesperan como Ganivet, otros mueren en la pobreza como Miró. Difícil sería encontrar parecidos a Bernard Shaw, a D'Annunzio, a Bergson, a Bourget. El recato, la austeridad, la esquivez, son las características de Azorín, Gasset, Menéndez Pidal, Palacio Valdés. El pobre Blasco Ibáñez simuló el triunfo mejor que lo saboreó y perdió las simpatías de sus compatricios.

España posee un tesoro de escritores

En el concurso celebrado por *El Mercurio* de Santiago, encabezado por la pregunta: «¿Cuáles son las veinticinco obras que Ud. recomendaría?» muchos lectores recordaron a Baroja; pero, se notaba la dificultad de aislar una sola de sus obras y esto proviene de que no podríamos especificar tratándose de un talento tan trepidante y dinámico. Baroja es un

mundo: como Shakespeare, abarca todos los panoramas, todas las singularidades y fenómenos de los pueblos.

La crítica literaria ejercida por escritores como Cansinos Assens, Ricardo Baeza, Pérez de Ayala, Díez Canedo, Guillermo De Torre, es de las más concienzudas y desinteresadas.

Valle Inclán, dando obras maestras como *El Tirano Banderas,* pasados los sesenta, ha sorprendido a sus más devotos admiradores. Nada ha perdido el orfebre de *Flor de Santidad* al hacerse filósofo y folklorista. *El Tirano Banderas* viene a ser el resumen de la geografía, del habla, del paisaje y de la sociología nuestra. Ningún escritor absorbió tanto ambiente americano como él, *sans en avoir l'air.* Se diría que cada pelo de sus ojos y de su barba era un hilo receptor de ondas meridionales, cosa rara, como ya veremos.

Cosa rara, por cuanto el intelectual hispano que viaja lleva la misión consciente y subconsciente de revelar, de defender y explicar a su España, y es tal la fuerza y la fe de este apostolado, que olvida el deber de mirar alrededor con interés. Acaso esto hizo escribir a Blanco Fombona que el español carece de espíritu crítico. Unos traen a nuestras playas la misión de enseñar que los conquistadores fueron buenos y humanitarios, que las crueldades son leyenda; otros traen entre manos la rehabilitación de Felipe II; tal sacerdote cree útil recordar que nunca existió la inquisición; el erudito nos dirá que las leyes de Indias son el mayor intento de fraternidad del género humano. Pero se van conociéndonos medias.

No podré olvidar la visita de Eugenio Noel a Chile. El autor de *Las Siete Cucas* es otro valor hispano. Vivió en Santiago, solo, ensimismado, nocturno, sin conocer ni una calle ni un cerro. Su poder de oratoria era enorme: su vitalidad, su arremetida, su deseo de decirlo todo nos asombraron, aquí donde pocos se atreven a decir las cosas. Se paseaba por el escenario, sudando, bufando, embistiendo como toro. Eso es Noel: un toro. Se fué de Chile más lleno de España que cuando llegó. Todo fué para él motivo de ver a España y de sentir la candidez y la debilidad que le rodearon.

Podrá una nación dejar de poseer los secretos navales y militares sin perder por eso sus energías populares. España ha variado de actividades y eso es todo. Pérez Galdós, Ganivet, Blasco Ibáñez, Palacios Valdés, Unamuno y Baroja producen la impresión de una enorme, avasalladora vitalidad natural. Existe sin duda en España una incontenible fuerza biológica, una acción constante de hombres que trocaron los barcos, las tizonas, y lanzas por otras cosas. Blasco Ibáñez, como Noel, como Ortega y Gasset, como el Padre Laburu y Ramiro de Maeztu, llevan dentro un tesoro. Es una fuerza acumulada por virtudes de hogar, por la buena vida de la familia española, por la sobriedad y la honradez. Pocas naciones fueron tan honradas y sobrias como España. En general, el americano del sur ha sido más corrompido y más viejo que el español. Aquí hemos adoptado con deleite y haciendo alarde de elegancia, cuanto vicio y sibaritismo europeo llegaba en los barcos. Nos hemos llenado de venenos exóticos que España rechazaba por patriotismo y honradez. La palabra *honrado* y aquello de llamar *borracho* a un hombre como el peor insulto, son cosas muy significativas. En su aislamiento y resistencia al resto del mundo, en la conservación fiera de lo castizo, España encontró su salud que dió tan robustos frutos en política, en comercio y en literatura. Los garbanzos, la merluza, las paellas y las aguas puras prepararon esas brillantes y asombrosas generaciones. Para un iberoamericano, todo español es ejemplo de energía.

Don José Ortega y Gasset empleó la expresión de *insobornable* para definir el temperamento literario de Pío Baroja. Es justo y se podría aplicar a otros y a él mismo. Como extranjero metido en cosas españolas, el lector me perdonará que cite a esos valores *pelemele,* en confusión. Creo que insobornables son Valle Inclán, Grau, Araquistain, Cansinos Assens, Benavente, cualquiera de ellos.

¿Quién menos sobornable que Unamuno? El español no se quiebra ni destiñe: es de una pieza y de un sólo color toda la vida. Benavente y Ricardo León son monarquistas y así les veremos siempre. Maeztu fué partidario de Primo de Rivera y la caída de este caudillo le arrastró. No ha variado su ideario.

La crítica literaria madrileña es la más levantada y sincera de Europa, a pesar de cuanto digan. No hay reclamo ni intereses de tal o cuál género. Escritores de la clase de Gabriel Miró y de Juan Ramón Jiménez, se encuentran pocos en el mundo. Llegan hasta lo morboso en probidad y dedicación. Jiménez mandó destruir un pliego y hacerlo de nuevo a causa de un acento mal puesto. Son manías, sin duda, pero revelan la entrega al oficio hasta las entretelas. Larra, Ganivet, Clarín, Gabriel Miró son mártires de las letras. Vivieron, se alimentaron, respiraron, recogieron ambiente nada más que para eso.

Sin embargo, el arraigo a la patria, la cantidad enorme de ambiente asimilado, hace que el intelectual hispano carezca de interés por estas tierras americanas, cuando las visita. Les parecemos poco, les parecemos pueriles, y casi sin quererlo se manifiestan indiferentes o demasiado superiores, con un gesto paternal algo desagradable, como diciendo: Mañana veremos, cuando sean grandes.

Noel no salía de su casa sino para ir a la taberna; Ortega y Gasset no quiso conocer a Valparaíso, donde le invitaron: no fué a ver el Pacífico, a establecer ese *récord* como hubiera hecho por sport un anglo-sajón; Cambó llegó en la noche y se fué la mañana siguiente sin manifestar interés alguno por nosotros.

A causa de la prisa con que nos visitan, cometen graves errores de apreciación. Llegan demasiado impregnados de lo suyo, para percibir insinuaciones extrañas. De ahí que no sepan notar las patentes características de nuestro pueblo, como lo haría un inglés o un francés. Por mi parte, doy más fe a los juicios de esos últimos nombrados. Un filósofo español en reciente visita me decía que somos fiel retrato de sus compatriotas. ¡Gravísimo error!, pensé yo. Error, por cuanto el chileno ni blasfema, ni es sobrio, ni sabe echar piropos. ¿Acaso caben diferencias más fundamentales? El pueblo español no se emborracha y echa piropos graciosos.

Esto no quiere decir, por cierto, que todos los españoles son sobrios y saben decir piropos. En un cuento de Pérez de Ayala recuerdo haber conocido a un joven gallego incapaz de lanzar esos madrigales callejeros.

El eminente escritor señor Sainz y Rodríguez, nuestro huésped aerolito de 1930, contaba cierta vez las bondades de la colonización hispana y declaraba esto que es gracioso: ¿Cómo íbamos a destruir nosotros el paludismo en Cuba cuando lo tenemos aún ahora a las puertas de Madrid?

Sí, sí. Esto es lo que creo. España no destruía los mosquitos, pero nos daba de mamar. En cambio, ellos, con mucha higiene, economizarán su leche y nos succionarán desde New York la poca que nos queda de la gran madre nodriza.

Dijimos que España ha dado poderosos frutos en política, en comercio y literatura. Exacto. El comercio hispano es preciso buscarlo entre los indianos, en América. La ayuda mutua, los bancos populares que no existen en España, se encuentran en Cuba, en Argentina y México. Aquí se esparció el yanquismo, el *struggle for life* español. También poseyó esta raza sus tipos de Far West. Faltó nada más que unir todo esto a un nexo común, en un todo, cual lo soñó Bolívar, el Lincoln del Sur, cuyo aniversario lloramos ahora: el aniversario de la pérdida del patriotismo bolivariano.

Joaquín Edwards Bello

Santiago de Chile, 17 Dicbre. 1930.

La juventud de Pi y Margall

Pi y Margall y Leonor Oñós

—De *El Sol*, Madrid—

Azorín nos ha ofrecido inolvidables estampas de D. Francisco Pi y Margall anciano. Nadie olvidará la visión de aquel viejecito que visita con su esposa una Exposición de pinturas, o que está sentado tras la mesa de trabajo en la pequeña estancia alegrada por el sol. Conocemos bien a Pi y Margall en su ancianidad. Le conocemos muy poco, en cambio, en su juventud de dolor y de lucha. Y asi, no tenemos de Pi y Margall joven otra estampa que la esbozada por el ilustre poeta y dibujante Apeles Mestres con los recuerdos que le trasmitieron sus padres.

José Oriol Mestres y su esposa, Leonor Oñós, han suministrado, en efecto, las más interesantes noticias sobre las mocedades de Pi y Margall. Sus recuerdos de amistad y de familia nos permiten hoy reconstituir la vida espiritual de aquel mancebo, estudiante y profesor a la vez, que más tarde debía hacerse célebre como escritor y como político.

La juventud de Pi y Margall es la parte menos explorada de su vida ejemplar. Caben en cincuenta líneas impresas las noticias conocidas hasta ahora sobre el decenio de la vida de Pi anterior a su traslado a la capital de España, traslado que efectuó en 1847, a los veintitrés años de edad. Este período, que es el de la formación sentimental e ideológica del autor de *Las luchas de nuestros días*, ha atraído especialmente nuestro interés de biógrafo. Y entre los frutos de nuestras investigaciones, el más sugestivo es el de haber precisado las relaciones de amistad entre Leonor Oñós, jovencita de la buena sociedad barcelonesa, y el estudiante Francisco Pi, de humilde familia obrera.

Leonor Oñós y Salvat, que fué después la esposa del arquitecto José Oriol Mestres y la madre de Apeles Mestres, era entonces una muchacha de singular hermosura y de sentimientos puros y delicados. Su abuela materna, que sentía por ella una gran predilección, era una rica dama, de grandes condiciones de carácter, pero poco instruida; no sabía leer ni escribir, y quiso, por contraste y compensación, que su nieta recibiera una instrucción esmeradísima, para lo cual le procuró la colaboración de los más excelentes profesores de aquel tiempo. Fué Pi y Margall uno de los profesores escogidos, y en el año 1846 empezó a dar sus lecciones a Leonor en el domicilio de los padres de la joven. Leonor era prima de José Oriol Mestres, amigo íntimo de Pi y Margall, y hemos de suponer que fué Mestres quien le proporcionó aquellas lecciones.

Hemos podido ver y leer, gracias a la amabilidad de nuestro querido amigo Apeles Mestres, los cuadernos de los ejercicios gramaticales y literarios que practicaba Leonor bajo la dirección de Pi. Estos papeles, que ella guardó durante toda su vida devotamente en una cajita, son de un gran interés biográfico y psicológico. En las frases y pensamientos



Francisco Pi y Margall

que dictaba a su alumna se entrevé ya un Pi y Margall revolucionario y federalista, pero todavía creyente en religión. El procedimiento docente del profesor, en materia de redacción literaria, consistía en dictar breves párrafos, cuyo contenido debían desarrollar los alumnos en distinta forma con otras palabras.

Leonor aspiraba a ser poetisa, y los versos que ella escribía, influídos por la poesía heroicopopular castellana, eran corregidos por el profesor. En algunas líneas, por encima de la letra irregular y asustadiza de la joven, aparecen las correcciones trazadas con aquella letra pequeña, fina y regular que conservó Pi y Margall hasta los últimos tiempos de su vida dilatada.

La figura de Pi en su primera juventud quedó grabada en el recuerdo de la poetisa principiante: Pi era un joven delgaducho, de rostro pálido, de expresión seria, vestido de negro, con la levita abrochada de arriba abajo; hablaba a media voz, reposadamente y daba su lección en un castellano correctísimo, sin el menor dejo catalán.

El aire externo de Pi y su apartamiento de los placeres y desvaneos juveniles habían hecho creer a muchos de sus familiares y amigos que el futuro autor de *La reacción y la revolución* se inclinaría a la carrera eclesiástica.

Una serie de hechos y detalles permite adivinar que entre el profesor y la alumna se creó una corriente de cordial simpatía. Cuando aún, no cumplido un año del comienzo de aquellas lecciones, Pi decidió marcharse a Madrid, ella se sintió muy contrariada, y no halló mejor modo de manifestar su contrariedad que hacer de este caso el tema de una de sus poesías, que el profesor debía examinar y corregir. En esta poesía, corregida efectivamente de puño y letra de Pi y Margall, y conservada entre los papeles de la cajita de doña Leonor Oñós, palpita una ingenua ternura:

> Una vez sucedió un caso,
> que pronto lo explicaría,
> y el descontento que causa,
> no permite que se diga...

La causa del descontento de la poetisa era la anunciada marcha a Madrid del joven profesor:

> Estaban en la ciudad
> una muy recta familia,
> y a la señora más joven
> un gran poeta instruía.

Así era entonces visto en Barcelona el joven Pi: como un poeta. La literatura y el arte eran el objeto principal de sus estudios; pero leía ya a los filósofos, se entusiasmaba con la revolución francesa, se sentía republicano, añoraba las libertades de Cataluña y veía palidecer las estrellas en el cielo de su fe cristiana.

El profesor, antes de partir, pidió a la alumna una copia de los pobres versos melancólicos; ella le dió la copia, y él la llevó consigo a Madrid, donde más de una vez debió de leer aquellos versos:

> El poeta ya partía,
> a cobrar renombre y fama
> del mérito que tenía...,

que harían surgir ante sus ojos la dulce imagen de Leonor.

Tres años después, en 1850, Leonor Oñós se unía en matrimonio con José Oriol Mestres, su primo, el amigo íntimo de Pi y Margall. Mestres contaba diez años más que Pi y quince más que Leonor.

Con motivo de la boda, Pi y Margall escribió a Mestres una carta, en la cual hace de Leonor un largo y cálido elogio. «¿Con que al fin te casaste y con tu prima Leonor?—exclama.—Debo decirte acaso que has hecho una elección acertadísima, yo que he tenido lugar de conocer la docilidad, la buena educación, los conocimientos y el talento de tu esposa? Verdaderamente creo haber sido uno de los primeros a quienes comunicaste tu proyecto de matrimonio, y ya sabes lo que dije apenas lo insinuaste. La creo desde el momento digna de ti, y a ti digno de ella, y estoy seguro de que ambos gozaréis de una felicidad completa en vuestro nuevo estado. Doy a los dos el más sincero parabien, y estad ambos convencidos de que tuve una satisfacción grande al tener noticia de vuestro enlace.»

Pi y Margall tardó aún muchos años en contraer matrimonio. Y cuando su esposa le dió una hija, Pi y Margall la hizo llamar Leonor.

A. Rovira y Virgili

Los movimientos militares en Hispanoamérica
Una entrevista con Manuel Ugarte

= Envío del autor =

Las revoluciones—hay que llamarlas de alguna manera, aunque el vocablo no corresponda a los fenómenos—que en el transcurso de los últimos meses se han consumado en alguos países de la América del Sur, han atraído la atención mundial; y, con mayor razón, la de los hispanoamericanos que tenemos una obligación moral de interesarnos por esos acontecimientos y de pronunciar nuestro juicio recto y franco, después de contemplarlos de cerca o de lejos, y de examinar los principios que los han informado y los factores que los han producido.

Es un teoría torpe y suicida aquella que afirma que los asuntos de política interna de un país son privativos y de la exclusiva competencia de los ciudadanos del respectivo país. Esto es lo que oponen todas las tiranías a la crítica y a la protesta universales contra todas sus enormidades. La causa de la Justicia, de la Libertad y del Derecho, una trina como la divinidad teológica, afecta a todos los hombres del planeta, en virtud de aquel sublime principio que ha hecho posible, no ya la civilización, sino el simple hecho de la supervivencia de la especie racional, y que se llama solidaridad humana.



Manuel Ugarte

Sin embargo, en política se olvida muchas veces el imperativo de la solidaridad humana, y son posibles cosas tan monstruosas como el Fascismo, tremendo caso de nacionalismo agresivo y primitivo, regresión espiritual a las cavernas, a pesar de treinta siglos de cultura itálica. ¡Y en la América nuestra se da el caso pavoroso del Bisonte Venezolano asesinando sistemáticamente, todos los días, al mismo pueblo que pudo producir un Bolívar!

Ninguna de estas dos aberraciones políticas, y ni la dictadura grotesca de Primo de Rivera, ni las satrapías de Leguía, Hernando Siles, Calles, Machado, Wáshington Luiz hubieran sido posibles si los otros países no degradados hubieran roto relaciones y formado una liga ofensiva y defensiva, aunque pacífica, contra los regímenes nefandos. Pero cada Estado no ve ni oye sino dentro de sus fronteras, sin importarle una higa la vida universal. Por esto la reacción triunfa, y como dice Berdiaëff, una nueva Edad Media se avecina.

Las únicas naciones que tienen derecho a la admiración del mundo son las que, como España, se han movido por ideas universales. La nación madre de América agotó su vida en los albores de la Edad Moderna, luchando en todo el mundo por un ideal, equivocado o no; pero por un ideal: llevar la fe de Cristo a las más apartadas regiones del planeta. Su gran sueño místico la llevó a descubrir, civilizar y cristianizar el Nuevo Mundo; a circunavegar por todos los mares; a explorar misteriosas regiones en Africa, Asia y Oceanía. En Europa, abatió el poder del turco en Lepanto, y fué la gonfaloniera de la contrareforma.

De los escritores también puede afirmarse que el que no mantiene al través de su obra ideales de universalidad, carece de interés y no merece la admiración de sus contemporáneos ni de la posteridad.

Y de todos los escritores de América, uno de los que alienta con más fuerte soplo ideales, ya no sólo continentales, sino ampliamente humanos, es el autor de *La Patria Grande*.

Por esto tenía para nosotros un enorme interés conocer la opinión de Manuel Ugarte, sobre los acontecimientos que están desarrollándose en Iberoamérica. Y deseando una impresión directa, personal, que no se obtiene sino por la conversación, en vez de estarnos andando con cartitas, tomamos el tren y nos dirigimos a Niza, a celebrar con Ugarte una entrevista.

Ya *vis a vis* con Ugarte, nuestra conversación política se deslizó serenamente, por esos cauces:

—¿Cree Ud. que tienen contenido ideológico, que marcan algún avance para terminar con el terrible sistema feudal que domina en nuestra América, los cambios de Gobierno que, de manera violenta, se han realizado en Bolivia, Perú, Argentina y Brasil?

—Había,—hay—en toda nuestra América una ansia de renovación, un deseo violento de superiorizar nuestra vida, libertándola de la doble presión que sobre ella ejercen, desde el punto de vista interior, las oligarquías locales, y desde el punto de vista exterior, los imperialismos devoradores. Esta aspiración, revolucionaria es el más alto sentido social, y nacionalista en la acepción más noble, creó la atmósfera propicia para derrocar a los gobiernos existentes. Pero en el camino se atravesaron elementos discordantes y las revoluciones no han correspondido al apoyo popular y juvenil que tuvieron al principio. Así nos encontramos ahora en presencia de gobiernos marciales que no dan satisfacción al sentimiento que los hizo nacer. En el orden internacional se afanan por calmar las inquietudes de los Estados Unidos; en el orden de la política interna, no salen de los viejos expedientes y de la rutina que tanto daño nos hizo. Se puede decir, en síntesis, que estos cambios de hombres sólo se van traduciendo en un esfuerzo para apuntalar el edificio que se desmorona. Hasta se podrír pensar que sólo significan una contrarrevolución que se adelanta, la revolución que viene, a pesar de todo. Necesitamos hombres nuevos y métodos nuevos. Todo lo que se haga para impedir o retardar el advenimiento será inútil. Y la juventud acabará por triunfar.

En Bolivia, en el Perú, en la Argentina los nuevos gobiernos de facto se han manifestado hostiles a las ideas renovadoras y hasta han tomado medidas contra algunos hombres jóvenes representativos como Hinojosa y Navarro en la primera de estas repúblicas; y Haya de la Torre, en la segunda. También en la Argentina ha renunciado Alfredo L. Palacios su alto puesto en la Universidad, en signo de protesta contra las fórmulas arbitrarias. ¿Como juzgar estas tendencias que parecen acentuar más bien los errores de los personalismos derrocados?

Hay que ver en ello una confirmación del carácter retrógrado que han llegado a tomar estos movimientos, y hay que ver en ello también un signo claro de que no pueden durar. De hoy más, ningún gobierno podrá consolidarse en la América Latina si no tiene raíces en el pueblo y en la juventud. Nos hallamos en el prólogo de una gran transformación global que cambiará las perspectivas. Lo que asombra, es la ceguera de los que están dentro del movimiento y no lo ven.

El programa con que inició Hinojosa la revolución boliviana no tenía nada que se pueda objetar. Hasta demasiado

tímido parece. En cuanto a las ideas de Haya de la Torre, nada traen que pueda ser nocivo para nuestras repúblicas. Por el contrario, las tendencias juveniles que se hacen presente cada vez con mayor autoridad están inspiradas en un sano deseo de renovación, de liberación, de enaltecimiento de nuestras repúblicas.

El único peligro reside en la continuación de lo existente, en la prolongación, con nombres distintos pero con fondo idéntico, de la preeminencia de la oligarquía en las cosas internas, de la presión del imperialismo en las cosas externas. Nos hemos dormido en la etapa colonial y es necesario que nuestros pueblos sacudan la modorra y despierten a la verdad del siglo.

A propósito de los sucesos del Perú, escribí recientemente que la caída del Dictador Leguía, que ha resonado en América como anuncio lúgubre para muchos gobiernos, no marca más que una etapa. Si aspiramos a cambiar fundamentalmente las cosas, no hay que creer que basta derribar el tirano para que la injusticia acabe. Hay que velar sobre lo que viene cuando el usurpador se va.

Los hombres no son más que incidentes. Lo único que importa son las ideas. No perseguimos una venganza, ni una ambición, sino una obra. Lo que urge es reaccionar contra las malas costumbres políticas, contra los errores endémicos, contra la absurda organización de nuestras repúblicas, si es que se puede llamar «organización» al dominio de una oligarquía o de una plutocracia que nunca tuvo más visión de la patria que sus conveniencias.

Nada más peligroso que una revolución a medias. La juventud debe velar para que el sacrificio no sea estéril y no se reduzca todo a la satisfacción aparente. Hay que afrontar al fin nuestros problemas. En el orden interior: la justicia social, la situación del indio, la división de la tierra; en el orden exterior: la defensa contra el imperialismo, la organización de la economía nacional, la aspiración a la Patria Grande. Hay que organizar a la América Latina en favor de la América Latina misma, y no, como ahora, en favor de los inútiles del terruño y de los piratas de afuera.

Esto hará acaso sonreír a los «hombres de Estado» a la antigua usanza, que en cien años de gobierno no han sabido hacer más que el mosaico hipotecado y doliente que nos van a entregar ahora. Pero esa es la política del porvenir, pese al egoísmo de los privilegiados.

Que la juventud vele para que el esfuerzo no se malogre, para que la oportunidad no se pierda. Lo que empuja hoy a nuestro Continente es un fervor análogo al que determinó el separatismo. Es, en realidad, la segunda independencia lo que vamos a hacer. Bolivia, el Perú, la Argentina, el Brasil inician el levantamiento de toda nuestra América contra las oligarquías que la devoran, contra el extranjero que la oprime.

Que la juventud se apodere del timón y dirija la barca. Si no lo hace, se habrá perdido acaso para nuestras repúblicas la última posibilidad de vivir plenamente independiente.

—¿No es verdad que la sublevación militar, el *cuartelazo* del que ya creíamos libre para siempre a la Nación Argentina, representa antes que un avance, una regresión política? El viejo Irigoyen sería todo lo autoritario que se quiera, pero, después de todo, era un hombre emanado del pueblo, amigo de los obreros y de los campesinos, y opuesto a la plutocracia y a la política del dólar. Mientras que ahora, ya tenemos en la Argentina una Dictadura militar, igual o parecida a la que ya va durando demasiado en Chile.

—Los acontecimientos de la Argentina fueron presentados por el cable como un movimiento popular contra la tiranía; pero, en realidad, se trató de un pronunciamiento, que, pese al prestigio de algunos nombres, tiene un carácter visiblemente retrógrado.

En la clasificación un poco insegura de los grupos políticos argentinos, el partido radical tradujo, en cierto modo, el estado de espíritu de la burguesía liberal. El gobierno del Sr. Irigoyen, nacido, bien o mal, del voto libre, tenía una significación esencialmente civil. Las fuerzas militares que lo derrocaron, representan, por el contrario, la concepción autoritaria.

Es indudable que Irigoyen había perdido en dos años su popularidad, a causa de sus errores, en primer término, y a causa también, hay que decirlo, de la crisis económica que alcanza a todos. Su situación se hacía cada vez más difícil. A pesar de la habilidad con que contemporizó con las clases pudientes, a pesar del respeto a la legalidad (que le llevó a perder en Buenos Aires las recientes elecciones legislativas en las cuales las dos fracciones socialistas reunieron más de 200.000 votos) su gobierno, de inspiración democrática, pero desprovisto de programa, mereció a la vez la hostilidad de los conservadores y de la extrema izquierda.

Los conservadores argentinos agrupan una minoría compuesta de grandes terratenientes y de familias tradicionales que usufructuaron el gobierno durante largos años, hasta que la ley electoral del Dr. Sáenz Peña los alejó. Sus dirigentes facilitaron en el pasado a las compañías norte-americanas e inglesas más de una concesión peligrosa. Siempre representaron, en lo que refiere a la política interior, la preeminencia de una aristocracia, y, en lo que atañe a la política exterior, la fidelidad al panamericanismo.

Sin exagerar, se puede decir que retardaron durante varias décadas la evolución política y social de la Argentina hasta que triunfaron los radicales en 1916.

Por una paradoja inexplicable, este es el grupo que vuelve ahora al poder con ayuda de un movimiento armado que desconcertó al principio a una parte del pueblo y de la juventud.

El carácter del movimiento se halla definido por los nombres de los dirigentes, todos ellos honorables, pero ligados a la concepción caduca; y por los procedimientos empleados: disolución de las Cámaras y del Concejo Municipal, ejecuciones sumarias, nombramiento de nuevos gobernadores. Esta última medida, normal en otros Estados, es significativa en la Argentina, donde el régimen federal asegura a las catorce provincias el derecho de elegir sus mandatarios. Los nombramientos directos que el grupo victorioso ha creído poder hacer indican una concentración de poderes y una concepción imperiosa que puede poner en tela de juicio la ley electoral y la Constitución misma.

Todo hace suponer, sin embargo, que las fuerzas de izquierda estarán a la altura de la situación. El partido socialista independiente, cuya tendencia es reformista, el antiguo partido socialista marxista, todos los grupos avanzados, desde los liberales hasta los comunistas, se asociarán, aunque sea transitoriamente, frente al peligro. Sólo la dispersión hizo posible la aventura, y sólo la solidaridad puede reparar el daño.

El desarrollo material e intelectual de la Argentina ha sobrepasado las fórmulas a que la quieren retrotraer. Tiene ya, como toda nuestra América, una noción clara de los problemas actuales. Siente la urgencia de organizar la nación en beneficio de la nación misma, y

no en beneficio de los previlegiados de adentro y del imperialismo de afuera. Los acontecimientos recientes, al agitar las doctrinas y los espíritus, acelerarán acaso el triunfo de las fuerzas del porvenir, en lucha, hoy más que nunca, con las fuerzas del pasado.

—Para formar criterio justo acerca del movimiento del Brasil, yo no tengo suficientes elementos de juicio. Pero, ¿no le parece que de algo muy grave debía haber sido responsable el derrocado régimen, cuando el pueblo pacifista por excelencia, el pueblo que ni para independizarse de su Metrópoli portuguesa apeló a la violencia, se haya levantado en masa, en una revolución formidable, fulminante, encarnizada, ciega, casi desesperada?

—El caso del Brasil es el caso de las demás repúblicas, porque todos estos movimientos simultáneos, casi isócronos, derivan de la misma inquietud del porvenir, del mismo malestar nervioso que levanta las fibras de América. Los políticos pueden utilizar transitoriamente este estado de ebullición, pero acabarán por ser absorbidos por él. Se acerca una hora en que todas las habilidades serán inútiles y en que el poder tendrá que ir a manos de hombres nuevos que traigan ideas nuevas. No es posible admitir, ni en sueños, que nuestras luchas ciudadanas se reduzcan a servir alternativamente los intereses de dos imperialismos en pugna. La América Latina tiene que organizarse al fin bajo su propia inspiración, para favorecer los intereses autóctonos. Esta será de norte a sur, la idea central, la fisonomía de lo que viene.

—Contemplemos ahora a nuestra España, tan nuestra como la Argentina o el Perú. Debemos convenir en que todos los valores políticos—por llamarlos de alguna manera,—están en crisis; y que la monarquía, lógica y fatalmente ha terminado su misión, tan nefasta en la historia de la raza nuestra, ya que ella, la monarquía, fué la causa única de la disolución de la gran Hispania, que nos hubiera dado la hegemonía del mundo; y constituye ahora el principal obstáculo para la unión, que tanto anhelamos, de España y América. Creo que usted convendrá conmigo en que todas las soluciones políticas, a base de la monarquía, son ya imposibles y que pronto los hombres libres saludaremos alborozados al advenimiento de la República Española. Ya la alta voz del máximo ideólogo, Don José Ortega y Gasset, acaba de apostrofar así al pueblo español:... «Españoles, vuestro Estado no existe ¡Reconstruidlo!— *Delenda est Monarchia!...*»

—Espero y deseo la revolución española como una confirmación espiritual de la renovación que se anuncia para nuestra América. Lo que nos ha anemiado y disminuido de un lado y otro del océano ha sido la inmovilidad que los grupos exiguos han impuesto a las masas enormes, el egoísmo de los intereses dinásticos, económicos o politiqueros, la falta de esa amplitud de ideales que se traduce en progreso, en democracia, en libertad.

Espero y deseo la revolución española y la saludo en su albor como signo de mayor fraternidad entre nuestros pueblos.

———

El pensamiento de Ugarte se pasea dominador por el vasto cielo de la espiritualidad americana; aterriza en donde quiere, aun cuando no haya sitio adecuado para posar su avión gigantesco, grávido de ideas, de voluntad; y en seguida, emprende nuevos vuelos, nuevos vuelos, hacia el país nunca alcanzado ni alcanzable del ideal. En estos vuelos, si no se quiere quedarse en tierra, para ser tragados por la avalancha imperialista, hay que alistarse en la tripulación o, por lo menos, lanzar nuestros impulsos como imponderables fuerzas actuando en su motor.

César E. Arroyo

Marsella, 1930.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

En torno al *mozalbete*

= De *La Voz*. Madrid =

De pronto, en una prosa oficial u oficiosa donde se nos da cuenta de cualquier reciente desmán, surgen estas o parecidas palabras: «Unos revoltosos, principalmente mozalbetes...» He aquí una buena ocasión para esbozar la historia pedagógica del *mozalbete* español. Tracemos algunos de sus principales hechos.

¡Pobre mozalbete! Acababa de nacer cuando ya se atentó contra su personalidad colocándola al amparo del mito que aquel día señalaba el almanaque; decidieron que fuese no como la sangre y el grado de evolución humana lo producían, sino como estaba decidido en unos librotes escritos cuatro mil años antes. Ante él nunca se preocuparon de fundir estos dos factores educativos: autoridad y respeto. Creyeron que el respeto era algo sólo exigible al niño, no al educador o al padre; nunca pensaron en que fuese preciso todo lo contrario, en que al hombre elegido para fomentar el crecimiento del niño le era imprescindible estar poseído de un profundo *espíritu de reverencia* a la nueva posibilidad humana. Se respetaba más a un arbolito que a un alma infantil. Aquel *espíritu* estaba desterrado de un mundo en que regían textos arcaicos—dictados por el miedo—en que se consideraba al niño no como una actividad espiritual libre, aunque endeble y necesitada de pedagogo—de *conductor*—, sino como una presa más por arrancar de las inexorables zarpas de cierto monstruo antediluviano. Ante el niño, sus maestros se situaban—casi todos ellos—no como sencillos guías, sino como petulantes escultores. Hablaban de *modelar* al niño—a veces el cincel era una estúpida palmeta—; y sus normas eran frecuentemente inaplicables a la naciente estructura viva. O se aplicaban torpemente: con sólo realizar la metáfora del arbolito que se tuerce desde muy pequeño, ya creían esos hombres retóricos haber cumplido su tarea. Ellos eran los torcidos, puesto que comenzaban por ignorar que su misión no era precisamente *modelar*, sino otra más humilde: *conducir*, bien conducir. Como no sentían *la humanidad*, como no respetaban *la humanidad*—reputada como feudo de entidades invisibles—; como estaban hundidos hasta los ojos en un ilusorio concepto de lo torcido y de lo recto; como todo su afán se concentraba en hacer del niño—fundamentalmente—un responsable perpetuo de desórdenes en que nunca tomó parte, el niño llegaba a mozalbete por caminos erizados de arbitrarias coacciones, perfecto ignorante de su verdadera calidad humana, ajeno a todo auténtico sentido de respeto, puesto que nunca fué sujeto de él, sino su víctima...

«Cuando los niños—escribe el pedagogo Peter Petersen—tienen que aprender por coacción, el educador se hallará siempre ante las puertas de un corazón y nunca encontrará la entrada, nunca penetrará en el espíritu del niño, en el mundo interior de éste. En el mejor caso, la relación entre el educador y el alumno no pasará de ser correcta. La comunidad humana no se establecerá entre ellos.» (Véanse en la *Revista de Pedagogía* algunos fragmentos de los trabajos presentados en el quinto Congreso Internacional de Educación Moral, y seleccionados por el profesor Luzuriaga). ¿Cómo iba a establecerse? El hombre recién llegado quiere y debe exigir—apunta con razón el mismo Petersen—que la pedagogía reconozca también la fuerza que arranca de él. Educar no es imponer leyes, sino preparar al alumno para que él mismo sea capaz de dictarse leyes, de someterse a las mejores, de ser, en fin, autónomo. Así—concluye—«se logra transformar la relación con el guía en la de un amigo, y se resuelve también el viejo problema de la *disciplina*.» Este es el verdadero camino de la pedagogía que es también el de la verdadera disciplina: el de la libertad. Porque libertad apenas es otra cosa que cierta

agilidad de espíritu para andar suelto entre cadenas.

Y no formular el fácil argumento—de mero sentido clínico o policial—de que ninguna *conducción*—esto es la auténtica pedagogía—puede ser realizada sin látigo. Sí, sí, en efecto. La coacción es lamentablemente necesaria. He aquí el gran problema. Pero ¿se trata de un problema pedagógico? No. Aquí—contesta Petersen—«la pedagogía retrocede para ceder sus derechos a otras ciencias, a la psicopatología, al Derecho penal... Pero *la coacción no es un medio educativo.*» El medio es otro: *abrir una distancia* entre el educador y el alumno; una distancia llena de fe en el conductor por parte del niño; llena también de *reverencia* inteligente al alumno por parte del pedagogo. De reverencia y amor. Educar no es aplicar metáforas al niño, no es someterlo a la cinta métrica común, sino comprender y fomentar en él todo lo individual que más tarde convertirá al niño en un hombre determinado. La educación tradicional para quien la moral apenas era sino cierta *forma del miedo* (Nietzsche), suponía siempre envenenadas las raíces del hombre, y todo su esfuerzo se aplicaba no a fomentar el desarrollo de una vehemencia personal, sino a filtrar una genérica, de siervo que dócilmente se acomoda a la ley de un señor desconocido. La verdadera educación tiene en cuenta, ante todo, la personalidad del niño; es *conducir*, hacer posible la libre exteriorización de la personalidad del niño. A la autonomía del joven por una *simpática* autoridad del pedagogo—y acerca de esta *simpatía* hay en los fragmentos aludidos observaciones muy certeras—. Porque hay algo más que una norma, y mucho más que una norma arcaica: el amoroso deseo de crear otra nueva.

¿Cómo se educaron estos *mozalbetes* a quienes un día cualquiera la actualidad los arrastró a ser iconoclastas? Seguramente en el culto a esos mismos iconos. ¿En el culto o en el miedo? ¿Iba esta educación encaminada a fomentar personalidades nuevas o a acomodarse a las viejas? ¿Fué verdaderamente respetada su infancia para que ellos después respetasen la vetustez de los otros? He aquí unas preguntas que muchos maestros españoles debieran irse formulando. El mozalbete de mañana, ¿está ahora en manos de viejos escultores o de auténticos pedagogos? ¿Cuándo el hombre llegará a convencerse de que los recién llegados al mundo no necesitan moldes sino caminos?

Benjamín Jarnés

Poesías

=Envío del autor. De un libro en preparación: *Cantos del Viajero*=

Motivos isleños

A Gabriela Mistral

I

Tranquilo el mar... apenas ondeante... sin rumores...
Componiendo sus grandes redes, un pescador.
Transparencia, una diáfana transparencia en el cielo.
Una nube, una sola, de impoluto vellón.

Voy andando en el júbilo matinal... Voy andando...
¡Qué coquetas y simples las moradas de paz
de las gentes sencillas! A las gentes sencillas
que voy viendo, sonrío, como amigo, al pasar.

Viejos fuertes, con gesto de energía sin falla.
Caras gordas de infantes, rebosando salud.
Lindos rostros de isleñas, de mirada sincera,
amplia como el océano, honda como el azul.

El hechizo del cielo. El gentil caserío.
Un zafiro viviente y grandioso: el Canal.
Uno sueña, y suspira. Placidez de remanso,
y un ansioso deseo de emoción y bondad.

Alma mía;
alma mía ya un tanto fatigada y sombría:
—Bebe el sol de la isla y el salitre del mar.

II

Templo rústico, simple,
sin duda grato a Dios.
Sencilla, verdadera
casa de la oración.

La iglesia humilde, llama.
Dan deseos de entrar
—sin el tiempo vivido,
libre de él—a rezar.

Imágenes que visten
personas de la grey.

(Dedicación, paciencia
nacidas de la fe.)

No hay el púlpito airoso,
rico; el predicador,
a la altura de todos,
dice el verbo de Dios.

Sencilla, verdadera
casa de la oración.

III

Llegó de la otra orilla del Canal
la embarcación colmada de mujeres.
Traen cestas henchidas
de mariscos y peces,
de carbón, hortalizas
y botellas de leche.
Saltan del bote y, ágiles
pisan, la carga en hombros, los peñones del muelle;
y—la pierna desnuda,
de vistosos colores detonantes la veste;
sonrosadas las carnes
y al cuello el rústico rebozo—tienen
no sé qué de leyenda...
Yo las veo perderse
por las callejas del poblado, y pienso.
Pienso en su adversa o favorable suerte.
Una, acompaña a un hombre de quien es luz y guía;
otra es mujer de un truhán, y lo sostiene;
otra sueña, no deja
de soñar, y, soñando, muere... muere...

Vieron llegar mis ojos
la embarcación colmada de mujeres.

Islas de Chiloé y Calbuco (Sur de Chile.)

Palabras del huésped

A Mercedes Arias

He bebido la copa de agrias filosofías;
las voces del espíritu me dicen: no soñar;
conozco desalientos, y, sin embargo, hay días
en que retorno a sendas que quise abandonar.

Los reflejos, las sombras de cosas que he dejado,
vuelven a mí, vengándose, triunfales de mi olvido.
Huyen muy pronto, es cierto; no las he convocado,
y saben que de ellas me es extraño el sentido.

Me es extraño al sentido de una rara hermosura
—breve trino, humo leve... que ha sido y no será.
El que fuí, sólo es huésped que, en el que soy, murmura
un saludo, unas pocas palabras, y se va.

¿Por siempre?

Yo que vine por horas
a tu plácida aldea,
me dejo estar... Los días
y las semanas vuelan.

¿He perdido a tu lado
mi boleto de vuelta?
¿Tardaré en encontrarlo
más de una primavera?

Mejor, si me quedara
por siempre; si vertieras
por siempre en mí, tu dulce
mirar, tu voz benévola.

Por siempre... Siempre, o nunca,
tienen igual esencia.
Nunca y siempre: palabras
queridas del que sueña.
Siempre y nunca la vida
(mujer) se nos entrega.

Muchachada lírica

En ignorada y pobre
taberna suburbana,
la sed de confidencias
une a los camaradas.
Se adivina que tienen
de las cosas arcanas
la intuición, y del mundo
vaga idea, muy vaga...
Son varios, todos ellos
de límpida mirada.
Noche a noche recitan;
conversan en voz baja,
de entre los torpes ruidos
cantos y anhelos salvan,
furtivos cortejantes
de la Gloria. Si pasa
un profano, le hacen
cara hostil, mueca agria.
Les abisma en silencios,
les enciende y embriaga,
el luminoso vino
de vendimias sagradas.
Enaltecen, decoran
la taberna ignorada.
Loor a la locura
de los dueños del alba.

Versos a una amiga

Yo voy por las urbes, los pueblos, las villas,
diciendo a las gentes palabras sencillas.
Sin prisa, al acaso, yo voy, vagabundo
que mira la varia belleza del mundo.
Hallazgos felices y afectos sinceros
florecen al paso de los forasteros.
Fraternales almas de ternura henchidas,
que aguardaban. Nobles, luminosas vidas
por nadie cantadas; gracias de mujer
que tientan e inclinan a permanecer;
el niño—despierto y al par concentrado—
tal vez a un destino de gloria llamado;
robustos gañanes, señores grotescos;
hábitos, vestidos y hombres pintorescos.
. . . .
Inexhaustas fuentes de amor, los paisajes.
La naturaleza se cambia de trajes
con las estaciones, la hora, el momento;
renueva los filtros del hechizamiento,
como si quisiera siempre ser amada
del amor primero con la llamarada.
. . . .
Yo voy, vagabundo, sin ruta ni prisas;
y a veces la suerte me obsequia sonrisas;
hoy mismo me ha dado, por mano sincera
y cálida, el rizo de una cabellera.
—Amiga, en el viaje sin rumbo ni objeto,
llevaré tu rizo como un amuleto.

Emoción del arribo

Ancló la inmensa nave de suave navegar.
Tras el cansado viaje velando un sueño extinto,
la embriaguez del arribo.
—A vivir y olvidar,
entre las nuevas gentes y el paisaje distinto!
El corazón—que animase al generoso amparo
de amable cielo, todo luz, que desconocía –
cosas y almas suyas va encontrando. No es raro
que siempre lo más suyo nazca en la lejanía).
En mujeres y árboles vibra la primavera
—oh viajero—y renaces. Dulcedumbre de miel;
sanas risas; la plática de muchachas, ligera.
Pensamientos felices en alado tropel.
Hada buena y tangible, de los cuentos surgida,
convida al que llegara pesaroso, a gustar
la amistad, cosa cierta, y el amor, que es la vida.
(Luego habrá que buscarlos en remoto lugar.)
Los puertos .. Hay en todos, de alto afán afanosas,
las manos que preparan, en rueca de fervores,
el mágico espejismo...; y, en todos, halla rosas
quien ambula lejano de los patrios alcores.

Julio Garet-Mas

Estampas

Con un peligroso creador de opinión saxoamericana

= *Colaboración directa* =

El buen humor de *The Forum* nos revela que Raymond Leslie Buell considera como una de sus actividades más instructivas y agradables la de dar el biberón a su hijita de muy tierna edad. Cuando está ocupado así—comenta la revista en donde Buell es colaborador constante—él es una de las autoridades más sobresalientes en asuntos internacionales.

Ese buen humor está limitado al sentimiento paternal del escritor, circunstancia que urge advertir para evitar el comentario de los suspicaces. Podrían sutilizar acerca de los usos del biberón hasta descubrir que el más encantador es el de servir con él a los pueblos el plácido comentario a sus relaciones mutuas.

Buell debe despertar seriamente el interés de la América nuestra, porque él escribe para crear opinión en el Departamento de Estado norteamericano. No es escritor que pase inadvertido. Su consagración como hombre versado en cuestiones internacionales la obtuvo desde que la Universidad de Harvard lo destacó un año en Africa, de donde regresó con un informe que no dejó muy resplandeciente al multimillonario Firerstone, latifundista de Liberia. Es un creador de opinión que aspira a orientar la política exterior de su país. Y como allá es escuchado y esa política en lo que se refiere a estos pueblos es imperialista, conviene seguirlo y hablarle desde una hoja tan honrada y prestigiada como *Repertorio.*

¿Qué opinión se propone crear Buell cuando en sus escritos vierte ante el Departamento de Estado, hechos de nuestra historia económica, política, agraria, educacional? Esta es la pregunta que nos hacemos leyendo su folleto *The Central Americas*, resumen de sus artículos publicados en la prensa norteamericana. Estas *Central Americas*, declara Buell para abrir más el paladar al Departamento de Estado, no son ricas en riquezas materiales, pero, sin embargo, son de gran importancia a causa de su posición geográfica. No tenemos minas ni petróleo, no existen grandes ciudades y colosales empresas industriales, no hay agricultura ni ganadería, pero, en cambio, el Departamento de Estado encuentra un gran itsmo de gran porvenir en el futuro desarrollo del comercio del mundo, de grandísima importancia en la supremacía que ejerce sobre Panamá. Valemos nada más que por nuestra geografía reservada a la explotación del capital yanqui. Este valor mínimo explica la pobreza del estudio de Buell, el carácter de inventario que tiene su opinión acerca de *The Central Americas.*

¿Cómo ha podido Buell al escribir acerca de estos países, olvidar sus tremendas acusaciones contra la política del Departamento de Estado norteamericano? En octubre del año pasado publicó un artículo con el título de *El Imperialismo Económico*, para acusar al Departamento de Estado de estar engendrando la próxima guerra. «Al presente—dice—el Gobierno de los Estados Unidos sigue una política comercial que en ciertos aspectos es similar a la política comercial de los grandes poderes europeos antes de la guerra mundial. Por aquella época el tráfico internacional no se consideraba como un intercambio en el cual la mercadería era comprada y vendida sobre bases de puro negocio; era considerado como una especie de batalla económica. Los gobiernos sostenían a sus hombres de negocios con tarifas proteccionistas, con subsidios marítimos y con tarifas ferrocarrileras privilegiadas. Los diplomáticos rivalizaban entre sí tratando de asegurar concesiones para sus nacionales en los países extranjeros. En sus colonias y esferas de influencia los gobiernos seguían la política de la puerta cerrada; monopolizaban el mercado para sus hombres de negocios en detrimento de los extraños. Tal era el sistema económico internacional antes de 1914. Fué este sistema el que en parte causó la guerra mundial. Es este el sistema que han adoptado los Estados Unidos durante los últimos diez años».

Preguntamos a Buell ¿*The Central Americas* que Ud. vino a visitar en avión

no están bajo el poder de ese tremendo sistema? ¿No escuchó Ud. el relato que le hicieran espíritus honrados y vigilantes de lo humillante y ofensivo de esa política imperialista?

No puede Buell afirmar que estos países no se encuentren sufriendo duramente la política de expansión yanqui. El vió, el oyó con los mismos sentidos con que escribió *El Imperialismo Económico* meses antes de venir a estudiarnos. Sin embargo, se despoja de sus ojos y de sus oídos para hacer un inventario que justifique el poder civilizador del capital yanqui emigrado a nuestros países. Para él la United Fruit Company, la Pan American Airways Company, la Electric Bond And Share Company y todas las compañías de filiación yanqui, nos tienen viviendo en el mejor de los mundos. La una convierte en algo semejante a un paraíso regiones palúdicas e infecundas. La otra da un servicio grande y espectacular transportando por nuestra rutas aéreas correo y pasajeros. La última nos alumbra científicamente como si fuera un sol deslumbrante.

¿Cómo llega a esas conclusiones el escritor que pasó rápidamente, que no buscó comprobación a sus informes, porque los aviones que realizaran el milagro del transporte rápido y seguro lo esperaban para realizar su itinerario calculado?

Si Buell reconoce que los hombres de su país para quienes él escribe están obedeciendo a fuerzas imperialistas, ¿porqué entonces no los condena cuando palpa las iniquidades de ese imperialismo en naciones dominadas? De seguro le pasaron los arrestos de que hacía ostentación cuando regresó del Africa. Pero con todo no es posible que haya olvidado que en su artículo *El Imperialismo Económico*, estampó recientemente esta acusación: «Cuando afuera se le ponen obstáculos políticos al capital norteamericano, el Departamento de Estado martilla hasta echar por tierras esas restricciones».

Ese capital norteamerico que Buell vió tan floreciente en nuestros suelos, ha entrado en su mayor parte a martillazos. Con sus mismas palabras lo comprobamos. ¿Porqué se señorea la Pan American Airways Co. sobre nuestras rutas aéreas? Porque los martillazos del Departamento de Estado la impusieron. «El apoyo diplomático y la ayuda política norteamericana—palabras del propio Buell—se le han dado de buena voluntad a la Pan American Airways». Y sin embargo, cuando se sirve de sus aviones para venir a estudiarnos, en nada le maltratan esos martillazos, y no hay humillación en usar los servicios de una compañía que cuenta con el poder de los Estados Unidos para imponerse sobre estas patrias debilitadas y empobrecidas, y hasta envilecidas por esos martillazos.

No hay desdoro en quien acusa a los hombres de la política oficial de su país de imperialistas brutales, en hacer el elogio de una compañía como la United Fruit Company, voraz, sin freno, que monopoliza comercio, medios de transporte, agricultura y cuanto constituye la vida independiente de una nación. Lo de importancia es formar opinión en el Departamento de Estado, para que éste a su vez pueda en cualquier momento justificarse de los martillazos asestados a las obstrucciones a que somos tan dados por acá. El señor Buell sirve muy bien su cargo de creador de opinión. A su favor tiene el examen que hace de la conducta del Departamento de Estado, para que no se le juzgue mal, para que se le crea honrado. De modo que presentando ahora a la United Fruit Company, a la Electric Bond And Share Co., y a la Pan American Airways Co., como agencias civilizadoras, mañana, cuando estos países les nieguen concesiones, los martillazos del Departamento de Estado se dejarán oir justicieramente.

Pero no debemos engañarnos. El escritor Buell, la autoridad en asuntos internacionales no vino a estudiarnos. Su viaje fué un pretexto. Al Africa pudo mandarlo la Universidad de Harvard a volver con una acusación contra Harvey Firestone. A las *Central Americas* no vino con el ánimo abierto a las investigaciones. Su itinerario era comercial. No lo vemos aconsejando al capital norteamericano, pidiéndole que lime asperezas para conseguir ambiente popular en las *Central Americas*? «Hay un número de gestos—dice—que las empresas extranjeras debían adoptar y acrecentarían su popularidad. En particular la United Fruit Company podría afirmarse a lo largo de toda la América Central, adoptando una política más vigorosa de desarrollo de la empresa nativa.»

Es Buell el mismo limador de asperezas entronado en la *Foreign Policy Association*. Pero no sorprende al que no sea un bribón. Y no son precisamente los bribones los que lo siguen acusándolo como un simulador. Mientras tanto, él se empeña en hacer creer que sirve los intereses de la justicia desde su puesto avanzado en una asociación que no redime de ninguna calamidad imperialista a estos pueblos perseguidos.

Juan del Camino

San José y febrero del 31.

Tablero
=1931=
Mensaje de Vasconcelos
a la Juventud de Nicaragua

=Envío de *Antenor Argüello*. Ahuachapán. El Salvador.=

No quiero mandarles palabras en esta situación de ignominia.

No quiero contribuir a la mentira diciéndoles que se pierdan los intereses pero que se salve el honor. Sólo quiero decirles que por lo menos la situación de Uds. es franca; están ocupados militarmente y, aunque unos han traicionado, hay muchos que han peleado contra la ocupación. Pero en México, mi México, se vive una situación peor porque es una situación hipócrita; se habla de anti-imperialismo mientras Morrow maneja las finanzas; se protesta contra Moncada mientras Calles y Ortiz Rubio deben su situación a los aeroplanos americanos que les dieron el triunfo en la batalla de Jiménez.

Es mejor la situación de Uds. en Nicaragua porque ven de frente al invasor.

Una generación entera está traicionando y son los jóvenes la única esperanza si del dolor y de la esclavitud saben sacar esfuerzo. Comiencen renegando de todos los falsos apóstoles. Pero no sólo se erijan en jueces; apresúrense a organizar su acción; disciplínense, trabajen y sufran con un claro ideal por delante. La decadencia de nuestros enemigos se inicia rápidamente y si logramos aprovechar en el deber y en el sacrificio los veinte años venideros, acaso logremos más que lo que promete el oscuro presente.

Es difícil aconsejarles confianza porque *primero es ver si la nueva generación logra afirmar valores en que pueda apo-*

yarse esa confianza. Lo único que puede afirmarse es que urge iniciar la redención por el trabajo modesto y abnegado y por la visión clara de un ideal de raza y de tipo de cultura superior a todos estos que chocan y se derrumban en el instante presente.

José Vasconcelos

Protestan en justicia los hijos del Dr. Madriz

=Envío de Doña Mercedes Madriz de Viera Altamirano=

El Congreso Constitucional de Nicaragua pretende pasar un proyecto de ley para la repatriación de los restos del Dr. José Madriz, que yacen en el Cementerio Español de la ciudad de México. Motiva el proyecto, el deseo, de parte del elemento oficial de Nicaragua, de honrar la memoria del ex-Presidente mártir.

Nosotros, hijos del Dr. José Madriz, deseamos elevar nuestra voz de protesta contra el intento expresado en el seno de la Cámara Nicaragüense; y declaramos ante los hombres libres de América que ven en nuestro padre uno de los raros y grandes valores cívicos del Continente, que calificamos el proyecto de ley mencionado como una profanación a su memoria.

Las conciencias honradas de América no habrán olvidado, ni lo olvidarán nunca, que el Dr. José Madriz fue arrojado de Nicaragua por las bayonetas norteamericanas, llamadas, en aquella fecha, por el Partido Conservador de Nicaragua, para consumar el derrocamiento del Gobierno Liberal. El Dr. Madriz salió de Nicaragua herido en el corazón por el fanatismo político de sus adversarios y lleno de toda la indignación que podía caber en él por la actitud de una nación poderosa que se había dejado arrastrar a una aventura infame, perdido el control de sus apetitos materiales y ciega a la luz de los principios morales que sirvieron de norte a sus fundadores.

El Dr. Madriz, expatriado de Nicaragua, si estuviese hoy vivo, no admitiría ni un instante volver a su Patria para sumarse a la cuadrilla de traidores que ahora rinden homenaje de esclavos a la marinería norteamericana tolerando la bandera intrusa en el suelo soberano e inalienable de una República libre.

Se pretende honrar la memoria del ex-Presidente mártir, y cabe preguntar si el honor lo va a recibir de los soldados invasores que están pisoteando, con insolencia e impunidad, el suelo de su Patria. Cabe preguntar si le van a rendir honores el grupo de nicaragüenses sin pudor cívico, traficantes que todo lo han vendido y que ahora quieren justificar sus delitos.

No podemos nosotros, que hemos heredado el nombre de un gran patriota, permanecer indiferentes ante el ultraje que se quiere perpetrar. No podemos tampoco permanecer indiferentes a las excitativas que por centenares hemos recibido para oponer nuestra protesta ante el atrevimiento de los políticos de Nicaragua. Los restos de José Madriz no deben ni pueden volver, ni volverán a Nicaragua, mientras haya en su suelo una planta invasora. Los restos de José Madriz no pueden volver allí mientras Nicaragua sea escenario de salvajismo político. Un hombre que murió de dolor por la libertad y la dignidad ultrajadas de su Patria, no podrá menos que sentirse humillado, desde la eternidad, ante la idea de recibir honores de manos de quienes le quitaron la vida. El día que Nicaragua quede libre gracias a la cordura y el esfuerzo de sus buenos hijos, no vacilaremos nosotros en ir a devolverle las cenizas de nuestro padre como una preciosa reliquia destinada a ser un compromiso de fraternidad para la familia nicaragüense.

En nombre de los derechos soberanos de las Repúblicas de América, y como un acto de defensa de la dignidad humana, pedimos al Gobierno de México oponerse a la exhumación de los restos de nuestro padre para trasladarlos a Nicaragua mientras estén en ella los marinos norteamericanos; y suplicamos a la juventud Universitaria de México, no permitir que se consuma la profanación y el ultraje a los restos de aquella vida grande y noble que con su protesta altísima supo expresar el ansia de libertad y de justicia de una raza por cuya boca ha de hablar el Espíritu.

José Madriz, Hortensia Madriz, Mercedes Madriz de Viera Altamirano

San Salvador, Enero 26 del 31.

Por el Maestro

=Envío del autor=

Con viva complacencia recibí la noticia de la designación que el Gobierno hacía en la persona del señor Profesor don Justo A. Facio para el cargo de Secretario de Estado en el Despacho de Educacion Pública.

Apartando motivos de gratitud, que me unen al señor Facio con afecto sincero, y que guardo en el devocionario de mis recuerdos, me halaga y me entusiasma esa designación, porque ella significa para mí, un homenaje de elevada justicia en honor de uno de nuestros más laboriosos educadores.

Este sabio Maestro, que tiene el derecho de gastarse una plácida sonrisa de abuelo con la juventud intelectual de su Patria, por haberla servido de faro orientador, ha consagrado los mejores años de su vida a la iluminación de las inteligencias, laborando con un afán infatigable, con un anhelo purísimo, no a la manera del avaro que atesora riquezas con el mezquino empeño de su egoísmo inútil, sino como el pródigo sembrador que busca y selecciona la simiente para lanzarla después, a manos llenas, en los surcos fecundos, que habrán de devolverla multiplicada, para provecho y satisfacción de cuantos hayan de acercarse a su heredad.

Si alguien merece ser considerado como un propulsor de la cultura costarricense, es él. Su figura de educador es admirable!

El estudio constante, la laboriosidad infatigable, la siembra ruda a la luz de las auroras, le han hecho encanecer hasta convertir en románticos hilos de luna los cabellos de oro con que las Musas adornaron su soñadora frente de poeta; y esa cabellera de argento que el dolor y la fatiga viene bruñendo con divinas manos es la mejor aureola de su apostolado.

Leía yo con cariño y devoción en estos últimos días su obra *Temas de Educación* maravillándome de su vasta visión de educador, y deleitándome al mismo tiempo en la elegancia y pulcritud de su estilo literario. La juventud costarricense debe leer esas enseñanzas del Maestro, para aprender a conocerlo y a estimarlo en el justo valor de sus merecimientos.

Cuando leía las brillantes páginas del señor Facio, sentía la tristeza de que sus esfuerzos no fuesen todo lo bien aprovechados. Por eso ahora, su exaltación al Ministerio de Educación Pública me llena de complacencia y de entusiasmo.

Efraín Sáenz Cordero

Limón, Febrero 6 de 1931.

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Las dos manos, efusivas, estrechas, mi querido Félix Lisazo, por haber llevado a feliz término el *Epistolario* de José Martí.

Acabamos de recibir el tomo III, y último (1894-1895).

Con unos $ 4 oro am. es posible a los amigos y admiradores de Martí en nuestra América, hacerse de los *tres* tomos del *Epistolario*, arreglado cronológicamente con Introducción y Notas por Félix Lizaso.

Diríjanse a la Librería CERVANTES. Ave. de Italia, 62. Habana. Cuba.

Dos de los últimos libros de la Editorial CENIT, S. A., de Madrid:

Charles Yale Harrinson: *Los Generales mueren en la cama.* Trad. del inglés por Xavier Ledesma. Madrid. 1930.

De la Colección «La novela de la guerra».

Ferreira de Castro: *Emigrantes.* Trad. directa del portugués por Luis Díaz Amado Herrero y Antonio Rodríguez de León. Madrid. 1930.

De la Colección «Prosistas extranjeros contemporáneos».

La Junta «Monumento a Udón Pérez», Maracaibo, Venezuela, nos envía:

Udón Pérez: *Hojas i pétalos.* Poesías. Maracaibo. 1929.

La última obra de Alfonso Reyes:

El testimonio de don Juan Peña. Con tres dibujos de Manuel Rodríguez Lozano.

En la página 5 se lee:

Quise recoger en este relato el sabor de una experiencia que interesa a los de mi tiempo, antes de que mis recuerdos se confundan, y mientras llego a la hora —al remanso— de las memorias fieles.

Lo dedico a dos o tres compañeros que estudiaban conmigo la *Etica*, de Espinosa, en la azotea de cierta casa de México, allá por los años de mil novecientos y tantos.

A. R.

En muy elegante edición de Río Janeiro. 1930.

Nuestro excelente amigo don Luis Cruz Meza nos ha obsequiado con un ejemplar de esta obra:

Manuel Diéguez Flores: *Tradiciones. Artículos literarios. Estudios de Derecho.* Guatemala. 1923.

Recibidos de los autores:

Francisco Navarro, Secretario de la Embajada de México en Cuba: *La rebelión del hombre*. Un drama del futuro. *Desequilibrio*. Sketch en dos cuadros. *Despertar*. Sketch en dos cuadros. Editorial HERMES, S. A. La Habana. 1930.

Alberto Carvajal: *Héroes y Fundadores*. Ensayos de Historia Americana. Casa Editorial ARALUCE. Barcelona. Con el autor: Avenue Louise 321. Bruxelles. Belgique.

Voluntad. Poemas de Germán Pardo García. 1930. Editorial EL GRÁFICO. Bogotá.

José Rafael Wendenake: *Siluetas de Artistas*. Colón, R. de P. 1929.

Rafael Jijena Sánchez. (Su casa: Alsina 880 Buenos Aires): *Verso simple* (1925-1930). Cabaut y Cía., Editores. Buenos Aires. 1931.

Carlos María Perichón. (Su casa: Luis de la Torre 476. Montevideo. Uruguay): *Ensayo*. Glosando a Eca de Queiroz. Prólogo de Rómulo Nano Lottero. 1930. Montevideo.

Señalemos la BIBLIOTECA ECUATORIANA, de que son editores: Alfonso y José Rumazo González. Aptdo. 543. Quito. Ecuador.

Nos llega el Vol. I:

Carlos Dousdebes: *Surtidores blancos*. Editorial BOLIVAR. Quito.

La escritura y el cultivo del espíritu del niño por Eliseo Otaiza Mardones, Profesor de Caligrafía del Instituto Pedagógico, Profesor de Dibujo y de Caligrafía del Liceo de Aplicación. Perito Calígrafo. Castro 244. Santiago de Chile. Casilla 3375.

Es un tratado de Caligrafía y Escritura que tiene más de 300 páginas con 1200 ilustraciones. Enseña el método moderno y da todo el material necesario para hacer clases alegres y educativas. Trae el desarrollo completo del programa oficial de Caligrafía de los Liceos, que deben seguir los Colegios particulares que se rigen por las normas del Estado. Indica cómo se aplican en cada uno de los grados de la Escuela Primaria Completa, estos nuevos principios de la Enseñanza de la Escritura.

Este libro es un auxiliar del Profesor de Castellano. Es indispensable al profesor de Dibujo e insustituible para el profesor Primario.

Con solo **ocho pesos** (1.oo oro am.)$ valor de la obra, se hará Ud. buen maestro, economizará energías y obtendrá resultados que prestigien su labor de educador.

Adquiérala en la LIBRERÍA MINERVA, Santiago de Chile Ahumada 281.

Solicítela por correo a CASTRO 244.

Los pedidos que se hagan al autor quedan libres de franqueos.

Es una de las escenas del Juan Gallardo de *Sangre y Arena* [1], inmortal novela que día por día y hora por hora va acertando. Profética novela.—*Cita de* ***Joaquín Edwards Bello.***

[1] Novela de Blasco Ibáñez.

Libros nuevos:

Sherwood Anderson: *La risa negra*. Novela ..... ₡ 3-50
Juana de Ibarbourou: *Sus mejores poemas*. Editorial NASCIMENTO 5-00
Lamartine: *Las confidencias* 4-00
José María Salaverría: *Bolívar* 3-50
Fray Luis de León: *Poesías* 2-50
Ramón Gómez de la Serna: *Efigies* 3-50
Charles Yale Harrison: *Los generales mueren en la cama*. (Novela de la guerra) 3-50
Clifford Raymond: *Los seis perseguidos por el muerto* 3-50
Miguel Angel Asturias: *Leyendas de Guatemala* 3-50
Azorín: *Pueblo*. Novela de los que sufren y trabajan 3-50
Goethe: *Memorias de mi vida*. 1 vol. pasta 5-00
Richard Wickert *Historia de la Pedagogía*. 1 vol. pasta 7-00
Ferreira de Castro: *Emigrantes* 4-25

Pídalos al Adr. del *Rep. Am.*

Y ya que aludimos a la antigua novela española, tengamos un recuerdo afectuoso para el tipo de gastrónomo o laminero que D. Juan de Zabaleta pinta, con tanto cariño, en la primera parte de su bella obra, en *El día de fiesta por la mañana*.—*Cita de* ***Azorín.***

Un libro copioso en observaciones sorprendentes, sutiles y certeras y muy bien expresadas:

Ingleses, Franceses y Españoles. Ensayo de psicología colectiva comparada. Por ***Salvador de Madariaga.*** «Espasa-Calpe, S. A.» Madrid. 1929.

Trasladamos de las pps. 179 y 180:

La acción para el inglés, el pensamiento para el francés, la pasión para el español son, respectivamente, las únicas formas de la vida que no necesitan justificación. Así se explica que el inglés sea el pueblo que más espontáneamente se manifieste en la acción pura (deportes); el francés, en el pensamiento puro (toda la cultura francesa y, por decirlo así, el deporte intelectual); el español, en la pasión pura (religión, amor, vida española en general).

Esta homología puede parecer paradójica a primera vista a causa de la importancia que suele concederse en la psicología inglesa al utilitarismo. Mas, bien comprendido, el utilitarismo se resuelve en la tendencia a exigir del pensamiento y de la pasión frutos de acción, de modo que, una vez definido, el utilitarismo viene a confirmar nuestra tesis, pues los frutos de la acción que exige, los exige en pleno desinterés.

La ley suprema de cada tipo, es decir, la satisfacción de su tendencia maestra, constituye la base de su ética subconsciente. Así, pues, el inglés juzga por principios éticos; el francés, por principios lógicos; el español, por instinto personal. De aquí la generalización de la hipocresía. Llámase hipocresía un artificio que permite salvar la distancia entre las normas y los hechos. Las normas del inglés son éticas; ética es, pues, su hipocresía; las del francés son lógicas, y su hipocresía es intelectual; las del español son vitales y experimentales, su hipocresía es la hipocresía de la pasión. Cuando débil, el inglés finge cumplir; cuando tonto, el francés finge comprender; cuando frío, el español finge sentir [1].

...*La rama dorada* (The Golden Bough) de Frazer, una de las más hermosas y penetrantes disquisiciones sobre el origen de las instituciones y las creaciones humanas, obra recomendable además por las excelencias del estilo.—*Cita de* ***B. Sanín Cano.***

[1] La simetría perfecta, teóricamente o en calidad, no lo es en intensidad, ya que ésta depende del vigor de las normas que, por su índole colectiva, no son igualmente fuertes en los tres tipos.

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica